

**EL INDIGENADO
EN LA
PROVINCIA DE BUENOS AIRES**

por MILCÍADES ALEJO VIGNATI

SUMARIO

Los primeros conocimientos de los pobladores aborígenes del Sur de la provincia son debidos a Juan de Garay, el fundador de Buenos Aires. Por la descripción que él hace, podemos sacar conclusiones de que su origen fué en las provincias de Cuyo.

Una centuria y media después, es sabido, históricamente, que esos elementos han sido sustituidos por los autóctonos de Río Negro y Neuquén, pero dos décadas más tarde ellos debieron a su regreso, entregar la tierra a los "araucanos" quienes habían venido a través de los Andes desde principios del siglo xvi. Los descubrimientos antropológicos en la península de San Blas con sus calaveras humanas decoradas geométricamente en diversos colores, son un documento testimonial impecable de sus orígenes cuyanos y son los descubrimientos de Malacara, Juancho, Los Talas y Banderoló por sus señales evidentes de tener un esqueleto de sus cuerpos.

El "araucano" de la época de la campaña del desierto fué producto de una hibridización en las últimas tres centurias; de ahí que no podamos esperar que sus descendientes sean tipos puros. Ya en ese tiempo el cacique principal tenía rasgos físicos del tipo europeo. La experiencia antropológica señaló que la herencia de la altura y la forma craneana (índice cefálico) es completamente falso. La complexión, el color de los ojos y el color del cabello son los tres rasgos que pueden ayudar más exactamente para tener una remembranza física de sus antecesores. Los pocos granjeros de "Los Toldos" fueron los últimos sobrevivientes de la tribu de Coliqueo en su más alto grado de constante cruza. Aparte de ello el éxodo es ininterrumpido desde que comenzó hace 15 años; ésto ha reducido al mínimo el número de gente que puede ser estudiada.

Verdaderamente, los indios no existen más en la provincia de Buenos Aires.

S U M M A R Y

The first knowledge of the aboriginal population — stationary occupants of the South of the province— is due to Juan de Garay the founder of Buenos Aires. By the description he makes one may conclude that their origin was the Cuyo provinces.

A century and a half after, it is known, historically, that those elements had been substituted by the autochthonous of Río Negro and Neuquén, but two decades afterwards, these must, on their turn, surrendered the land to the "araucanos" who had come across the Andes from the beginning of the XVI century. The anthropological discoveries in the Peninsula San Blas with its human skulls geometrically decorated in several colours are an unpeachable testimonial document of their Cuyo origin, and so are the discoveries of Malacara, Juancho. Los Talas and Banderoló for their evident signs of having made a skeleton of their bodies.

The "araucano" of the time of the desert campaign was product of a hybridization lasting three centuries; therefore one cannot expect his descendants to be pure types. Already in that time main caciques had physiognomical features of European type. The anthropological experience has pointed out that the inheritance of the height and skull form (cephalic index) is completely deceitful. Complexion, color of eyes and color of hair are the three features which help most exactly to keep the somatomatic remembrance of the ancestors. The few farmers of "Los Toldos" —last survivors of the Coliqueo tribe— show in the highest degree the constant breed crossing. Apart from it the exodus is uninterrupted ever since it began 15 years ago; this has reduced to the minimum the number of people that can be studied.

Truly, the Indian exists no more in the province of Buenos Aires.

Exceptuando el litoral rioplatense, que tenía su propia población —sedentaria en las épocas de siembra y recolección, nómades en el resto del año, verdaderos piratas de río— la otra parte de la provincia de Buenos Aires, y de manera especial la parte sudoeste, debe considerarse para la época protohistórica como un territorio de caza de las poblaciones cumanas a las cuales, ya en esa época, hostigaban las primeras avanzadas de las tolderías pedemontanas del Neuquén y las incursiones predatorias de los habitantes, más o menos estables, de la zona del río Negro inferior.

La más antigua mención de indígenas en la costa atlántica de la provincia corresponde, según entiendo, a don Juan de Garay: "...legua y media de la mar se acaba un ramo de cordillera que baja de la tierra adentro; muestra grandes peñascos y en lo alto campiña y en la costa, en algunas partes, descubre pedazos de peñascos donde bate el agua y en aquellos peñascos hay gran cantidad de lobos marinos; aquella gente se abriga con mantas de pieles de unos animales que hay como liebres y de gatos monteses y hacen sus tiendas de cueros de venados; hallamos entre estos indios alguna ropa de lana muy buena; dicen que la traen de la cordillera de las espaldas de Chile y que los indios que tienen aquella ropa traen unas planchas de metal amarillo en unas rodela que traen cuando pelean y que el metal sacan de unos arroyos; dicen que por la costa hay poca gente y que la tierra adentro, hacia la cordillera hay mucha gente" (Anales de la Biblioteca, X, 158; Buenos Aires, 1915¹ Así se expresaba el fundador de la metrópoli al dirigirse al Rey en su carta de junio de 1581. A nadie que conozca la topografía de la provincia le es dable dudar que describe con toda precisión el desprendimiento final de la sierra de Tandil y el cabo Corrientes. Es decir, por consiguiente, que en ese momento protohistórico la población

¹ Grafía y puntuación modernas.

aborigen —nómade, naturalmente— por testimonio de Garay, estaba en vinculaciones —por lo menos comerciales— con los indígenas de allende la cordillera; y, a su modo, es una prueba indirecta de ser oriundos de regiones contiguas a los Andes donde esa frecuentación debía ser constante sino perpetua. Queda así establecida una corriente de migración estacional desde las regiones cuyanas.

Veamos ahora otro antecedente histórico que jalona una distinta corriente geográficamente confluyente pero cronológicamente posterior.

Un siglo y medio largo transcurre hasta que un forzado naufrago de un buque-almacén de la armada británica de Anson es abandonado en las costas marplatenses. Después de varios meses de obligado aislamiento es capturado por un grupo de indios que, tras múltiples estadas —más o menos prolongadas— a la vera de su largo recorrido, lo entregan al cacique principal que, al parecer, no es otro que el cacique Cangapol o "Bravo" de las crónicas jesuíticas o de la papelería hispánica de la colonia, cuya sede estaba, en términos generales, en la actual provincia del Neuquén (cfr.: *Una narración fiel de los peligros y desventuras que sobrellevó Isaac Morris*; Buenos Aires, 1956). Estamos, por consiguiente, en presencia de un cambio de etnos de procedencia distinta, incursionando en los territorios de caza de la primera corriente señalada.

Y, dos décadas después, cuando la Compañía de Jesús destaca a sus ínclitos misioneros a las llanuras de la actual provincia de Buenos Aires, nos es dado ver aparecer en el elenco étnico a los famosos aucas, poco propensos, de suyo, a alistarse al sosiego de una "doctrina".

Tres entidades indígenas racialmente —digamos— distintas portadoras de su propia cultura por ínfima que fuese; tres modalidades sucesivas que sobrevienen tras la eliminación del elemento primordial que, uno a la zaga del otro, señoreaba el ámbito pampeano. Todas estas modificaciones han quedado documentadas ya por el testimonio histórico ya por los hallazgos antropológicos y prehistóricos que enjugan la síntesis que antecede la cual, no obstante su apariencia teórica, condensa el proceso secular de la población sudoeste de la provincia de Buenos Aires.

II

Ya he dado a conocer la primer noticia referente a la partida indígena entrevista por Garay en la región de cabo Corrientes. ¿De dónde procedía? Sin ahondar la exégesis del texto, sumariamente, he indicado la región cuyana. Es lo que, basado en las informaciones de los propios nativos, hace conocer el padre jesuíta Falkner. En su texto, quedan individualizadas —con un rigor que nosotros no podemos alcanzar— dos entidades: los Taluhet y los Diuihet. Los primeros son, posiblemente, los "algarroberos" de los hispano-hablantes —según ya se ha establecido (PABLO CABRERA, 1929)— por vivir habitualmente en la formación xerófila del "Monte" desde el norte de San Luis, por el oeste y sud de Córdoba, a través de toda La Pampa hasta penetrar en Buenos Aires hasta las cercanías de la sierra de la Ventana. La segunda entidad, la de los Diuihet, son eminentemente mendocinos, y corresponden, casi con certeza, a los Chiquiyames.

Unos y otros —de conformidad con el texto de Falkner— migraban desde sus tierras natales hasta la orilla del mar océano donde acostumbraban enterrar a sus muertos. De ello existe incuestionable demostración antropológica-etnográfica. Su exposición corre de inmediato.

En enero de 1913, por iniciativa del Dr. Luis María Torres, se dieron comienzo a investigaciones en el litoral atlántico de la provincia de Buenos Aires que, bien pronto, lograron éxito poco común en esta clase de empresas y más mediamente, con el descubrimiento de los importantes repositorios de Miramar que parecieron proporcionar los testimonios indiscutibles de la existencia del hombre desde el remoto Chapadmalense¹. Y todo ello perfectamente documentado, dado los propósitos determinantes de estos estudios, en explícita superación a lo acostumbrado hasta entonces.

A más del descubrimiento de una serie de estaciones arqueológicas y del gran taller de industria lítica en Malacara, fué dado exhumar el material antropológico enterrado en un túmulo de esa misma localidad y cuatro esqueletos más, en la región de Chocorí (LUIS MARÍA TORRES, CARLOS AMEGHINO, 1913). Solamente la construcción sepulcral y su contenido será motivo de mi estudio inmediato.

¹ La bibliografía relativa a estos descubrimientos es ya bastante amplia. Puede verse comentada y extractada en: MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Descripción de los molares humanos fósiles de Miramar*, en *Revista del Museo de La Plata*, nueva serie, Antropología, I, 325 y sgts.; La Plata, 1941.

Descubrimiento y situación. — Las investigaciones geológicas y antropológicas que dieron lugar al descubrimiento de este túmulo, se iniciaron el 12 de enero de 1913. Los estudios estaban a cargo de Carlos Ameghino y Luis María Torres en sus respectivas especialidades, e integraban la comisión el preparador Emilio Gemignani y Lorenzo Parodi y su hijo Lorenzo J. como expertos de la región. El recorrido desde Miramar hacia el O.S.O. dió término en la zona del arroyo Malacara a unos 50 kilómetros de distancia (lám. I). Allí, en el ángulo formado por ese arroyo y el mar, descubrieron el 20 de enero, un gran taller de industria lítica —del tipo que se conoce con el nombre de "piedra hendida"— que cubría una superficie de 2.000 metros cuadrados. Este taller estaba ubicado en forma equidistante de los cauces de los arroyos Malacara y Pescado (lám. II). El sitio es conocido localmente con el nombre de "Puesto de «El Barco»", en el establecimiento de campo del señor A. Otamendi, en el partido de Lobería.

Mientras se procedía a la recolección de los materiales del taller, la atención del Dr. Torres fué atraída por unos fragmentos de valvas de moluscos incrustados en un montículo situado entre el taller y el arroyo Malacara. Al procurar extraerlos, puso en evidencia un cráneo humano y continuada la excavación pudo verse que se estaba en presencia de todo un esqueleto con muestras inconfundibles de haber sido sepultado. Ello determinó proseguir la remoción total del túmulo, con éxito superior a lo esperado.

El arroyo Malacara es una de esas corrientes de curso relativamente corto pero de bastantes aguas (lám. VIII que irrigan la zona litoral de la provincia de Buenos Aires. Para la época del descubrimiento antropológico motivo de este estudio, el arroyo Malacara desembocaba en el Nutria Mansa, el cual, poco más allá, desaguaba, a su vez, en el del Pescado. Ya por aquel tiempo, los médanos movibles habían invadido la margen derecha del arroyo a pocos centenares de metros de su término e iban, paulatinamente, estrechando el cauce (lám. VII), hasta que, cegándolo por completo, originó un embalse cuyas aguas, buscando el menor nivel, formaron una nueva vaguada por encima de las barrancas, al O.S.O. de su viejo recorrido (lám. V): JOAQUÍN FRENGUELLI (1928). Este hecho, de importancia desde el punto de vista fisiográfico, no tiene, como se comprende, relación alguna con el hallazgo realizado a su vera algunos años antes.

Tampoco tiene vinculación con los monumentos prehis-

tóricos allí descubiertos, la geología del lugar. Basta para nuestro entendimiento saber que el montículo se hallaba sobre un displayado cortado sobre limos Ensenadenses e invadido, en gran parte, por arenas Eólicas.

Dimensiones y estructura del túmulo. — La elevación sepulcral tenía en su eje mayor algo más de 22 metros y 18 en el menor; aquél corría con rumbo N.E. a S.O. (lám. XII). La altura máxima no pasaba de 2 metros.

Considerado en un corte (lám. III), según el eje mayor, se observa que el túmulo reposa sobre un suelo de tosca dura, de un espesor de unos 30 cm, la cual cubre un limo rojizo claro, pulverulento que constituye el subsuelo. Sobre la capa de tosca, en amplia dispersión, un espesor de terreno rojizo no removido da la impresión de ser un desnivel natural aprovechado por el aborigen para su construcción funeral. Cubriendo su parte más elevada, una lenteja de tierra negra, con apariencia de no haber sido llevada por el hombre. Estas dos capas suman una potencia de 80 cm. Tanto en uno como en otro de estos depósitos, se encontraron restos humanos sin que ninguno de ellos fuera contemporáneo con el terreno que los encerraba. Por el contrario: fué dable observar con toda claridad la remoción de la tierra en cada una de las sepulturas.

Recién sobre esta base, es que se encuentran los materiales transportados que constituyen el máximo aporte humano. En su mayoría, son de tintes variados, como consecuencia del distinto color de los materiales acumulados: negro y rojo. En este depósito ha sido posible observar sutiles líneas de separación, como si fueran el resultado de momentos distintos en el proceso de la formación del túmulo. Las faldas del montículo —que en forma de anillo chaflanado cubre la periferia del túmulo— son de tierra negra, la cual por su plasticidad y el tiempo transcurrido, da la impresión de estar en situación primaria sin remociones posteriores, no obstante la evidencia de haber sido traída para cubrir los últimos cadáveres depositados. Su espesor máximo era de 40 cm. Este terreno no está localizado únicamente en las laderas de la elevación sepulcral: se continúa en la planicie aledaña, por manchones más o menos extensos que, generalmente, contienen piedras trabajadas del mismo tipo de las encontradas en el interior del túmulo.

La construcción tumular. — Lo que individualiza y da carácter propio a este enterratorio, es la existencia de una tumba excavada en el terreno subyacente de la parte central del túmulo. Este sepulcro debe considerarse el núcleo elemen-

tal de la construcción. La estructura de la elevación así lo revela. Aprovechando, seguramente, la pequeña diferencia de nivel que ya he mencionado anteriormente, correspondiente al terreno rojizo no removido y a la lenteja de tierra negra, fué excavado, a través de la capa de tosca, el cuello inicial del sepulcro, y al llegar a la capa de limo rojizo claro siguió siendo ensanchado hasta darle una amplitud cercana a 1,50 metros. Su altura, contando el cuello, era algo menor a la cifra recién apuntada. Al decir de PARODI (h.) —quien realizó personalmente la remoción del túmulo— todavía, para esa fecha, era posible ver en las paredes la impresión del instrumento utilizado por el aborigen durante el ahuecamiento. Una vez realizada la inhumación de los cadáveres que se encontraron en esta sepultura del subsuelo, se acumuló sobre ésta la mezcla terrosa que constituye la masa mayor del túmulo.

Aprovechando este pedestal, más o menos consolidado, y aun el terreno firme de la periferia, el indígena fué sepultando sus difuntos a través de los años. Para ello, los depositaban en la superficie elegida y, de inmediato, los cubrían con tierra traída de los alrededores. La única excepción, la marca un pozo excavado hasta llegar a la tosca, dentro del cual se encontraron los restos de cinco esqueletos —cráneos y huesos largos— (lám. XVI) que ponían de manifiesto ser el resultado de una segunda inhumación.

Se comprende así que el núcleo primigenio del túmulo haya sido aumentado por los subsiguientes aportes de tierra necesarios para cada una de las inhumaciones, hasta llegar a darle el volumen que presenta en el momento de su remoción total.

No existe ninguna circunstancia que permita valuar la diferencia de tiempo que media entre la época de la primera sepultura y las siguientes, pero es muy posible que todas ellas correspondan a una misma generación, descontando la similitud de la entidad étnica.

Las sepulturas.—La excavación del túmulo fué realizada mediante cortes radiales que se unían a un aro interno (lám. IV). Por ese procedimiento fueron exhumados los diversos entierros allí realizados. Corresponde señalar que una vez levantados todos los esqueletos, se procedió a desmontar el material subsistente, a tal punto de poder asegurar que no ha quedado pieza —ya esquelética o de industria— sin ser recogida.

No está a mi alcance poder puntualizar las características de cada una de las sepulturas, pero tengo la posibilidad de

hacerlo para algunas de ellas, descripción que es el mejor aporte al conocimiento del etno que elevó el túmulo.

El Dr. Torres ha llamado "esqueleto número 1" al que —como se comprende— descubriera en primer término y diera motivo a la remoción de la construcción. El esqueleto —tal como él lo establece— estaba en posición genupectoral y recostado lateralmente. Por debajo del esqueleto se encontró, a manera de ofrenda, una piedra de boleadora con cintura. El conjunto estaba cubierto por una laja de tosca de unos 25 kg de peso (lám. XV).

De no menor importancia son las informaciones correspondientes al hallazgo de los dos esqueletos sepultados en la cámara central. Según es dable ver en la fotografía (lám. XXII), la pareja estaba en posición de mirarse recíprocamente; los cráneos orientados hacia el E; los collares (fig. 1) estaban constituidos por elementos de gran tamaño fácilmente diferenciables de los encontrados junto a los otros esqueletos. Tanto los restos óseos como el pobre ajuar mencionado habían sufrido la acción del fuego que, muy circunsriptamente habían llegado a la fusión y vitrificación.

Otra inhumación interesante es la que corresponde, a todas luces, a una segunda sepultura colectiva. El total de cráneos —según ya lo anuncié— es de cinco, acompañados exclusivamente por los huesos largos. No parece dudoso que hayan sido depositados juntos como consecuencia de haber sido transportados al mismo tiempo, constituyendo un solo sepelio. Aunque parezca redundante, conviene recordar que en el conjunto no se encontraron ni las costillas ni los huesos menores, circunstancia por demás indicadora de no tratarse de un entierro inmediato al deceso, sino de esos en que el manipuleo ritual va desechando todo impedimento sin mayor caracterización.

Hay paquetes esqueléticos típicos (lám. XX) pero, a la par, otros que no obstante corresponder a ese concepto, muestran anomalías difíciles de interpretar, ya que alejados de los sucesos ignoramos las razones que las justifican: tal, los esqueletos (lám. XVII y XVIII) en que uno de los brazos está ostensiblemente separado del cuerpo, contrariando la finalidad de la formación del paquete. En los otros dos casos (láms. XIX y XXI) la posición genupectoral —primaria para la formación del paquete— existe, pero un tanto desfigurada por la desaparición del esqueleto torácico.

Estado del material humano. — La belleza de las fotografías de los restos *in situ* engañan. Sólo un cráneo mantiene su

forma normal; todos los demás han sufrido deformaciones más o menos intensas consecutivas a su inhumación. Hay un caso de aplastamiento transversal (lám. XXIV, 2) que ha reducido su diámetro a la tercera parte; en otro, la acción externa ha obrado exclusivamente sobre el frontal, desquiciándolo (lám. XXVI, 2) y todos los demás, de una u otra manera han sido desbaratados. No dudo que los hábiles preparadores que contaba el Departamento de Antropología durante mi jefatura hubieran podido reintegrarles su perdida conformación pero me ha parecido mejor dejarlos tal como fueron extraídos del terreno haciendo consolidar las partes débiles; siempre he desconfiado del resultado de esta clase de restauraciones y las variantes logradas con los fragmentos craneales del ya fenecido *Eonthropus* no son precisamente las que inducen a acometer semejante empresa¹. Para conocimiento de la morfología craneal queda sólo uno en buenas condiciones y otro apenas servible.

No es propósito de esta memoria el estudio osteométrico y morfológico pormenorizado del material; el especialista en base a las fotografías y curvas de Zarazin que proporciono (láms. XXVIII a XXXV) podrá formarse concepto propio de los caracteres craneales. Incluyo, además, las curvas transversales de un fémur (fig. 2).

Restos industriales.—La industria de la piedra que aparece en el túmulo pertenece a los dos tipos más conocidos y ya señalados para el litoral sudatlántico: el que Ameghino llamó de la "piedra hendida" y el monofásico laborado en materiales blancos, especialmente cuarcita. A mi entender, los contados ejemplares de la primera estaban en la construcción tumular por razones fortuitas, opinión concordante con la ya expresada por los descubridores (TORRES-AMEGHINO, *Informe preliminar*, 159). No debe olvidarse que en sus proximidades fué encontrado y usufructuado un "taller" de aquélla con un total de piezas que supera al millar y no es extraño que en el acopio de materiales terrosos durante la erección esporádica del sepulcro hayan sido levantadas a manera de sim-

¹ Me refiero, como se comprende, a la distinta apreciación del cubaje de 1.070, 1.300, 1.400 y 1.500 cm³ resultante de las diferentes posiciones dadas a las parcelas óseas. En cuanto al adjetivo que precede al nombre genérico es el más suave que se me ha ocurrido para calificar a la ingeniosísima cuanto superlativa superchería, verdadero borrón en los estudios de paleontología humana del presente siglo (cfr.: J. S. WEINER, K. P. OAKLEY and W. E. LE GROS CLARK, *The solution of the Piltdown problem*, en *Bulletin of the British Museum (Natural History)*, *Geology*, Vol. 2, N° 3; London, 1953).

ple relleno, sin excluir la posibilidad para las que estaban en la superficie, que hayan sido arrojadas al mismo en cualquier época. Ameghino hace mención de un ejemplar extraído por Hrdlicka que tenía césped por debajo (cfr.: FLORENTINO AMEGHINO, *Le Diprothomo d'après Schwalbe et d'après moi*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XXXI, 6, nota; La Plata, 1921).



FIG. 1
Collar reconstituido a 2/3 del natural.

En la lámina XXXVI pueden verse, ya instrumentos caracterizados, ya en plena manufactura de la llamada "piedra hendida". No corresponde insistir respecto al error de interpretación morfológica de Ameghino del que dieron cuenta Holmes y Aparicio. W. H. HOLMES (1912), FRANCISCO DE APARICIO (1932), dejando a salvo su acierto al especificar el proceso genético de su elaboración.

Igualmente discrepante de Ameghino que asignaba a las piezas una antigüedad remota y a la del Holmes y Aparicio que la conceptúan reciente y contemporánea a la difundida

industria monofásica, considero a la "piedra hendida" un tanto anterior a aquella, no tanto por las diferencias técnicas sino porque sus elementos se los puede encontrar cubiertos naturalmente por los terrenos modernos. Y llama la atención que Aparicio no se haya percatado de tal circunstancia cuando él mismo ha descrito el proceso de deflación que la deja al descubierto y ha publicado una excelente fotografía que es todo un documento testimonial: FRANCISCO DE APARICIO (fig. 9).

La industria monofásica está realizada a expensas casi exclusivas de cuarcita. En las láminas XXXVII a XXXIX se dan los tipos fundamentales que sólo difieren de los descritos por Aparicio en su menor tamaño como que —supongo, personalmente— son manifestaciones de esa facies que he llamado microlítica —denominación que han encontrado buena Palavecino y Escalada después de conocer el material en que sustentaba mi tesis —que jalona el territorio de la provincia de La Pampa, casi diagonalmente, y que sirve de nexo con los provenientes de Mendoza y San Luis. Por su parte, Torres —con lucidez de arqueólogo avezado— había precisado la relación existente (LUIS MARÍA TORRES, 1923) mientras Debenedetti no dejaba de anotar lo propio (SALVADOR DEBENEDETTI, 1938).

En el pobre ajuar que acompañaba a los allí sepultados la industria ósea estaba precariamente representada: unos cuantos punzones (lám. XXVIII, faja transversal media) y un par de fragmentos chatos provistos de bisel en su borde convexo.

Los adornos se hacían presente con unas cuantas decenas de discos labrados en valvas de moluscos marítimos; sólo uno es de piedra (lám. XXIX, mitad inferior). Un conjunto de igual procedencia en cuanto al molusco utilizado constituía, sin duda alguna, un collar (fig. 2).

Es conveniente destacar que los ejemplares de esta industria corresponden exclusivamente a instrumental propio de la vida diaria de un hogar, sin interferencias de puntas de flecha. Una que otra piedra de boleadora puntualiza que las costumbres cinegéticas eran, primordialmente, en base al uso de esta arma ofensiva.

Los Talas es un poblado que puede considerarse un suburbio —un tanto distante— de la ciudad de La Plata, pero que en un porvenir no muy lejano formará parte de la "gran ciudad".

Esa zona —que debe considerarse litoral al río de la

Plata— en muchos kilómetros de extensión está formada por potentes bancos de conchilla —a manera de barreras marginales— correspondientes a las dos últimas transgresiones: el Querandinense, más antigua, y el Platense, la más moderna, con una fauna que tiene un 92-100 % de moluscos vivientes.

Fisiográficamente, estos cordones reemplazan fuera del

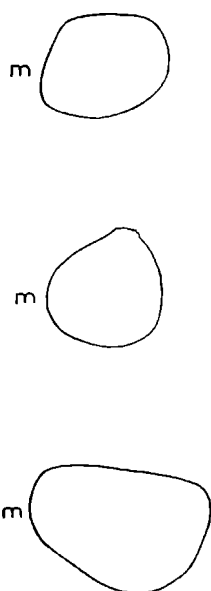


FIG. 2

Cortes de un fémur de Malacara.

ámbito del Delta a los clásicos albardones que los ríos de llanuras deprimidas van formando entre su cauce y los esteros interiores. Localmente, los cordones conchiles están recubiertos de humus, el cual aloja el monte de talas epónimo.

Los hallazgos se realizaron a fines de septiembre de 1944. El propietario del terreno, usufructúa comercialmente el banco de valvas; la máquina excavadora puso a la vista huesos que le llamaron la atención y, continuando la labor a mano, puso al descubierto un cráneo humano. Suspendió el ataque de ese frente de la cantera y dió parte al Museo de La Plata.

Personalmente dirigí la tarea de exhumación que duró una veintena de días. El número de esqueletos beneficiados fué de quince.

En la lámina XL puede verse el corte del cordón en el momento de iniciar los trabajos. La capa negra, de humus, que cubre, está relativamente consolidada; por debajo, las capas de conchilla a manera de estratos, son índices de haber

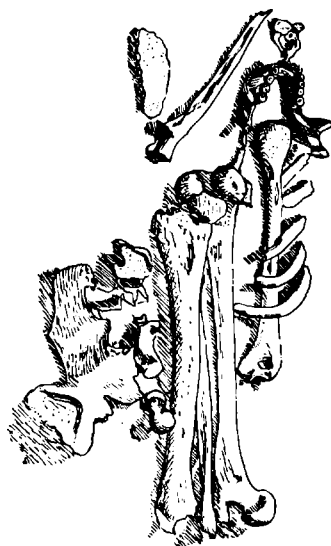


FIG. 3

Paquete funerario. Los Talas.

sido depositadas en momentos diferentes, aunque su contenido es similar. Las láminas LI y LII son vistas de detalle de los dos tipos de terreno que he mencionado.

Los restos humanos estaban, sin género alguno de duda, en el espesor del manto de conchillas. El color blanco que posee el conjunto de valvas, delataría de inmediato todo proceso intrusivo, que no podría ser más que el humus que lo recubre, de acentuada tonalidad negra, el cual, inevitablemente, haría evidente su presencia. La circunstancia de estar los huesos en su posición esquelética, manteniendo conti-

guas las articulaciones, demuestra que los esqueletos no fueron abandonados en la superficie, sino que fueron enterrados en una época en que el sitio quedaba emergido y al que no llegaba el vaivén de la resaca conchil, momentos que son evidentes en la ya mencionada lámina XL.

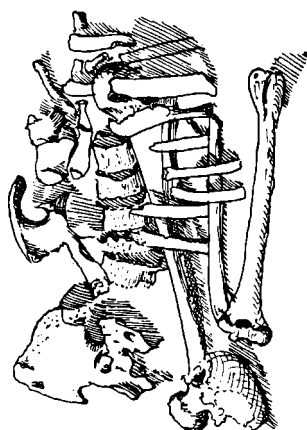


FIG. 4

Paquete funerario. Los Talas.

Un hecho de singular importancia me llamó la atención al quedar en descubierto los primeros esqueletos: la posición genupectoral que se había hecho adoptar a los cadáveres (lám. XLIII). La sorpresa respondía a que la situación geográfica, el uso de un cordón litoral como cementerio, el hallazgo, en superficie, a pocas decenas de metros, de una alfarería tubular con grabados incisos; todo lo cual inducía a Pero todos los esqueletos correspondientes a las culturas insulares se presentan en posición estirada, de cúbito dorsal. Estaba, pues, en presencia de un cementerio de otro etno y, bien pronto, la existencia de rastros de esqueletización me hicieron modificar mi creencia inicial. Y, aunque parezca cosa extraordinaria encontrar en región tan septentrional un exponente de la cultura cuyana es necesario admitirlo. Todos los entierros lo habían sido en forma de paquetes (figs. 3 y 4) y la esqueletización no puede discutirse.

Jalonando el litoral, a la altura de Juancho, los peque-

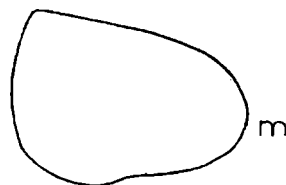
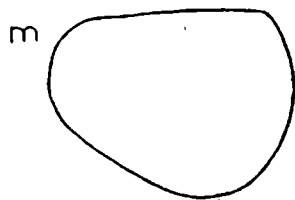
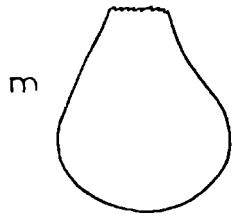
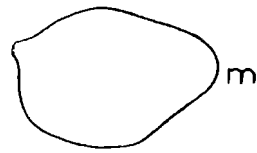
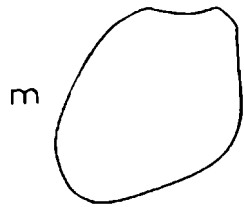


FIG. 5
Cortes del fémur 7496.
Los Talas.

FIG. 6
Cortes del fémur 7501.
Los Talas.

ños fragmentos atribuidos a Santos Vega, son típicamente cuyanos. Y sin querer conferir a una simple inferencia personal valor testimonial probatorio, recuerdo, sin embargo, que,

Los Talas Nº 7505

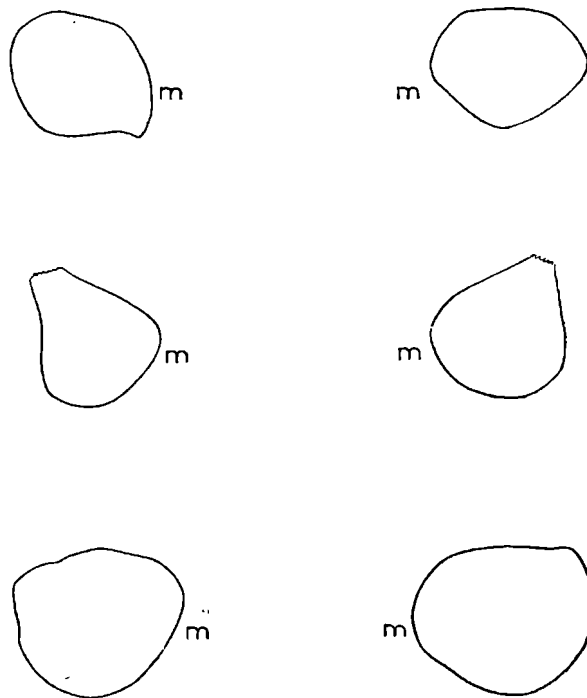


FIG. 7

Cortes de los fémures 7505. Los Talas.

cuando, hace años, éramos colegas en el Museo, el Dr. Emiliano J. Mac Donagh, me hizo saber —en términos generales— pero sin concretarme ubicación, la existencia de un cementerio que, al decir de sus informantes, correspondería a los

indios Genaken de Moreno. Ignoro en la forma más absoluta los motivos que determinan a los descubridores individualizar en esa forma a la entidad étnica cuyo cementerio conocen, pero dudo tengan un fundamento susceptible de ser considerado como orientador en las investigaciones que pudieran realizarse. Respetando esa convicción —que, se me ocurre, tal vez se base en la apreciación de Moreno que atribuye a sus Genaken un ámbito de expansión al norte de la sierra del Tandil (cfr.: FRANCISCO P. MORENO, *Recuerdos de un viaje en la Patagonia*, 32; Montevideo, 1882)— considero que es muy posible sea un enterratorio de los indígenas cuyanos. Los conocidos hallazgos de Banderoló al N.N.O. de la provincia (MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, 1932), Los Talas, los pretendidos restos de Santos Vega, muchos encontrados a orillas del río Colorado (FÉLIX F. OUTES), los de San Blas y río Negro, por el momento indican que todo el área de Buenos Aires la orilla del agua: mar, río o laguna, les era propicia para realizar sus entierros, cumpliendo con una formalidad ritual propia de sus creencias.

Como en el caso del arroyo Malacara, las láminas XLIV a L complementadas por las correspondientes curvas de Sarazin dan idea de la morfología craneana. Las figuras 5 a 7 son los cortes de fémures¹.

III

Expuesta la existencia de estos enterratorios —que hasta ahora habían permanecido inéditos— y sin volver sobre los de San Blas, por ser demasiado conocidos, enterratorios que marginan toda la costa desde las proximidades de la ciudad de La Plata hasta su límite sur, siguiendo más allá del río Negro, cuyo contenido permite conocer la morfología de los etnos que la utilizaban como última morada de sus deudos, corresponde ahora establecer las bases en que se fundamenta su atribución a los indígenas habitantes de la región cuyana en el momento histórico de la conquista. Estriba tal afirmación en hechos etnográficos plenamente documentados: a) la práctica de la esqueletización y b) la pintura decorativa de los cráneos.

¹ Las curvas de Sarazin de ambos hallazgos, fueron realizadas por la señorita María Elena Villagra; las de los fémures, por la señora L. Chaves de Azcona. Muy agradecido.

Esqueletización.—Fué Rodolfo Virchow quien señaló por vez primera rastros lacerantes en las regiones prominentes y de inserciones musculares de los cráneos y huesos largos de indígenas del norte de Patagonia (R. VIRCHOW, 1874). Tres decenios después R. Lehmann-Nitsche vuelve a tratar el mismo tema pero, por desgracia, para dar un paso atrás, al presentar a la misma institución sabia cráneos de igual procedencia con lesiones que atribuye a la acción de roedores (R. LEHMANN-NITSCHKE, 1900), interpretación que, por cierto, no mereció la aprobación de sus colegas. Fué entonces que el presidente de la institución —que lo era el ilustre y ya mencionado R. Virchow— pasó el material patagónico exhibido al estudio de C. Strauch quien se expidió en una memoria monográfica que es clásica para el conocimiento antropológico de la zona. Es en ella donde analiza con detenimiento la forma de las lesiones, lugar donde se hallan ubicadas y, por último, apela al dato histórico hasta entonces nunca mencionado. Recurre, en efecto, a la información suministrada por el P. Falkner que las explica sobradamente y que dice así: “Cuando fallece algún indio, al punto se selecciona una mujer de las más principales entre ellas, al objeto de que haga del cadáver un esqueleto y esto se efectúa de la siguiente manera: empiezan por eliminar los intestinos que se reducen a cenizas y después separan las carnes de los huesos con la mayor prolijidad posible; en seguida los entierran en el suelo hasta que acaba de podrirse todo lo que queda de las carnes, o hasta que llega el momento de trasladarlos (cosa que se ha de hacer antes de cumplirse el año del entierro aquel, cuando no antes de los dos meses) al enterratorio propio de los antepasados” (TOMÁS FALKNER, 1911).

No sólo el misionero jesuíta inglés es quien hace mención a tan interesante práctica preinhumatoria; con mayor lujo de pormenores, su hermano en religión el nunca suficientemente loado Rosales proporciona similares referencias cuyo texto pospongo para darlo como clave de la pintura de cráneos. Tal costumbre, que el autor mencionado en último término declara propia de los indios de Cuyo es confirmada por Falkner con la nomenclatura de Taluhet y Diuihet, pero añade al elenco a los Moluches, es decir a los que conocemos con el nombre de Araucanos. Esto significa un error. Hay un sinnúmero de testimonios relativos a sus prácticas mortuorias y es absoluta la unanimidad: el cadáver no era sometido a la esqueletización¹.

¹ La obsecuencia de Outes a Falkner tenía carácter de embu-

Excluidos los Moluches, quedan los Taluhet y Diuihet de Falkner como los aborígenes que practicaban la esqueletización, por ello es que en el estado actual de nuestros conocimientos históricos debemos considerar de origen cuyano todo entierro que muestre las lesiones características de esa costumbre funeraria.

Pintura decorativa de cráneos. — Han corrido ya tres decenios desde que el Dr. R. Lehmann-Nitsche diera a conocer el hallazgo de un cráneo que presenta dibujos en diversos colores, realizado en el conocido cementerio de San Blas, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires (R. LEHMANN-NITSCHE, 1930).

No obstante presentarse aislado y sin vinculación aparente dentro de ese interesante cementerio y de tratarse de elemento tan excepcional en toda América, juzgué necesario insistir en la búsqueda de otros casos similares, que, a mi entender, no podían faltar. Por ello es que, en cuanto me incorporé al personal científico del Museo de La Plata, mi primera excursión de estudio fué a esa rica región del sudoeste de la provincia. Marrado en ese primer viaje mi propósito fundamental, volví al año siguiente con iguales ilusiones pero con mayor empeño en lograr un nuevo documento que por los caracteres inhumatorios sirviese de fundamento a la procedencia étnica que venía columbrando y estableciera definitivamente la identidad de los creadores de esa primitiva necrópolis. Y, en efecto, esta vez mis esperanzas se vieron colmadas con el descubrimiento de un paquete funerario que contenía dos esqueletos de adultos y uno de párvulo, en el que los cráneos de aquéllos estaban decorados. Considero conveniente manifestar, desde ahora, que la decoloración de las pinturas ha sido muy intensa desde el momento de su desentierro, a tal punto que uno de aquéllos puede actualmente ser considerado como carente de esas manifestaciones rituales que, sin embargo, eran perfectamente visibles cuando los limpiaba de la arena envolvente. Esta circunstancia es la que me permite considerar que podemos, en modo alguno, creer que sólo

jamiento; en caso alguno estructuró un asomo de duda a las noticias de costumbre que brinda —de la que es tan pródigo, por lo demás— aun mismo cuando, como en el caso presente, eran contradictorias a todo un cuerpo de conocimientos históricos irrefutables. Para cohonestar el trapío a que aludo, se dió maña para encontrar un texto del etnógrafo chileno Guevara que al lector desprevenido aparenta testimoniar la errónea aseveración pero cuyo texto, en verdad, perentoriamente contradice lo que Outes desearía que dijese. FÉLIX F. OUTES, 1918).

en casos extraordinarios se procedía a adornarlos, sino que pudo haber sido una práctica común y que las condiciones del medio, más o menos propicias son las que han determinado la persistencia o el desvanecimiento de las pinturas.

No es mi intento en este momento describir menudamente los dibujos hechos en estos cráneos realizados en rojo, negro, amarillo y verde; basta poner de manifiesto el íntimo vínculo existente en ambas decoraciones lo cual es suficiente para evidenciar que ellas respondían a preceptos superiores a los de una mera manifestación artística y que no quedaban librados a la inspiración o voluntad de los ejecutantes.

Ahora bien: tal costumbre no pudo pasar inadvertida a los cronistas o a los misioneros si es que corresponden a una época contemporánea a la conquista y colonización, como lo subiere el estado y el aspecto de los huesos. Y así, es, en verdad. El P. Rosales, que tenía un conocimiento personal de las provincias de Cuyo, nos ha dejado una concreta exposición de las costumbres de los indígenas de toda esa zona. Al relatar las escenas que seguían a la muerte de uno de los componentes de la tribu dice que "en muriendo un indio se junta toda la gente a enterrarle... y al cabo de un año le hazen las honras volviéndose a juntar todos, y para esto le desentierran, que por ser los lugares de los entierros muy húmedos se conservan con su carne. Y uno que tiene officio de ciruxano o anatomista le va cortando toda la carne, dejándole los huesos limpios que secan al sol y luego los va pintando de colorado, amarillo y otros colores. Y la carne la entierra... Los huesos ya pintados los ponen en una bolsa de pellejo de varios colores y los cubren con la mejor ropa que tienen... Y acabadas las honras ponen los huesos en unas alforxas muy pintadas y sobre un caballo lo llevan a que descansa de los trabaxos de la vida a una casa que para éstos les hacen junto a las suyas..." (DIEGO DE ROSALES, 1878).

Por de pronto, he aquí un hecho perfectamente establecido, una agrupación étnica que esqueletizaba el cadáver y al que pintaban los huesos con diversos colores. Tal vez pueda ocurrir que alguien quiera ver en esa descripción del P. Rosales una referencia a la pintura corrida, tan conocida en las prácticas funerarias de los priimtivos; pero fuera de otras razones nada despreciables, conviene puntualizar que habla de varios colores, lo que indica que usaban de todos ellos para el mismo sujeto, cosa que hasta ahora no se ha comprobado fuera de estos cráneos, pues es demasiado conocido que el rojo es el único que es dado observar en los huesos de nues-

tros cementerios aborígenes. No corresponde discutir tal asimilación para evitar deslizarnos por la pendiente de la duda por la que, bien pronto, sería indiferenciable la parte de verdad que encierra cualquier narración de cronista.

El P. Rosales deja sin describir el entierro definitivo que reciben esos muertos. Pero lo que él no refirió está perfectamente complementado por Falkner que, sin aludir a la pintura ritual, hace alusión al proceso de esqueletización después del cual es llevado "al enterratorio propio de los antepasados", para lo cual deben atravesar hasta 300 leguas. Ciertamente es que este autor establece que sólo los Tehuelhet tenían sus sepulturas en la costa del mar oceánico pero, discrepando con ese texto, su mismo mapa ubica, también, en la orilla del mar los enterratorios de los Chechehet, de modo que no se necesita utilizar mucho la cita para comprender que, posiblemente, todas las agrupaciones pampeanas llegaban, de igual manera, a la ribera oceánica a depositar los restos de sus difuntos.

Si no fuera así, esa distancia de 1.500 kilómetros que hace recorrer a sus Taluhet y, más especialmente a los Diuihet (entidad de las llanadas de Mendoza y San Luis) nos llevaría a buscar sus sepulcros en el norte de Santa Cruz, absurdo que no vale la pena comentar.

Esto establecido, creo que no puede haber duda en asimilar los habitantes del sur de Mendoza y San Luis del P. Rosales, con los Diuihet de Falkner. Siendo así, los enterratorios de la península San Blas corresponden a los aborígenes descritos por ambos misioneros jesuitas, lo cual, a su vez, explica esa carencia de cementerios locales, hecho ya indicado por los especialistas que han estudiado las culturas de aquellas provincias.

Considero que no son necesarias mayores pruebas para considerar que los antiguos habitantes de San Luis y Mendoza son los que encontramos en los cementerios de la costa atlántica, y en modo especial los de San Blas, perfectamente individualizados por estos cráneos pintados. Si alguna duda quedara de estas largas migraciones de carácter ritual, no debe olvidarse que un entierro de un "médico" de las pampas de San Luis, fué encontrado al norte del Chubut y que ha sido posible su identificación por el preciso relato del P. van der Berghe. (MILCIADES ALEJO VIGNATI, 1930).

IV

Según he adelantado, a mediados del siglo xLII el litoral atlántico bonaerense era visitado por un etno que tenía sus aduare, más o menos estables, en la región neuquina. Es el empuje de un etno de mayor vitalidad que comienza a imponer su voluntad. Falkner proporciona una visión fotográfica de ese instante crucial: . . . “Si la casualidad quiere que los Tehuelhets o los Chechehets estén alcanzando al Casuhati o al Vuulcan o Tandil, en el momento en que los Dihets y Taluhets están por retirarse con su botín, aquélles les empiezan a picar la retaguardia (sobre todo cuando una jornada demasiado larga los obliga a hacer descansar la hacienda), matan a los que resisten, despojan a los demás de cuanto tienen y se adueñan del botín” (cfr.: FALKNER, *Descripción*, 92).

¿Por qué los Taluhet y los Dihet, dueños y señores de ese ámbito, sufren semejante vejamen en su propio territorio de caza? También la documentación histórica nos da razón de la causa de tal decadencia.

Descubiertas que fueron las tierras aquende los Andes por los conquistadores de Chile, no tuvieron tiempo suficiente para empadronar y repartirse los indios a los que hacían servir en sus feudos trasandinos. El resultado de tanta codicia ha quedado concretado por el obispo Pérez de Espinosa que habiendo atravesado la cordillera para llegar a Santiago daba fe que a los indios mendocinos “es costumbre traerlos a esta ciudad y términos de Santiago, por fuerza, para servicio personal, habiendo distancia de cien leguas, y los desnaturalizan de sus tierras, siendo la cosa que más V. M. encarga a sus gobernadores y, yendo contra este mandato, les permiten pasar cada año esta Cordillera Nevada, donde se yelan muchos, y se consumen y acaban, con los excesivos trabajos personales que en esta ciudad y sus términos tienen. . . —y añade que cuando— “yo pasé la cordillera, vi con mis propios ojos muchos indios helados” (J. T. MEDINA, 1918).

Y, por su parte, Lozano expone los acontecimientos de un siglo de la siguiente manera: “Oprimidos los indios de tantos trabajos y no teniendo a quien volver los ojos que compadecido los amparase, no hallaban otro camino para evadir de estas vejaciones, que huir el cuerpo a los encomenderos o escuderos, antes que los alquilasen a Chile a padecer tan dura esclavitud y servidumbre, mirando al español como si fuera cuchillo de su vida o muerte cierta, de que sólo les parecía vivir seguros, retirándose todo lo posible. . . Huían,

pues, los indios de sus pueblos y retirados a lo más remoto del país se escondían en los bosques y lagunas, donde ninguna exquisita diligencia parecía poder hallarlos, por librarse a tanta costa de ser llevados a Chile y de los trabajos excesivos a que se veían condenados sus parientes. Pero, cebada ya la codicia en estas presas, trajinaban aun los bosques más inaccesibles, y penetrando las breñas más ocultas, daban sobre ellos de improviso y los forzaban a salir muchas veces atados, y no pocas veces metidos en colleras, obligados a que los siguiesen las mujeres con sus hijos. Y si tal vez los varones lograban la suerte de soltarse de las prisiones, se llevaban los niños y mujeres y aún los viejos, porque el amor de estas prendas atrajese a la servidumbre a los fugitivos. Eran imponderables los daños que se originaban de esta injusticia, porque los maridos se separaban de las mujeres y éstas mutuamente de aquellos, y quedando en desamparo, perecían de hambre los hijuelos y no pocas veces las madres. Sucedió volver el indio con vida después del trabajo excesivo de un año y de los fríos rigurosos de la cordillera, y al buscar en su pueblo su mujer e hijos, solo hallaba la triste noticia de alguna desgracia, o porque la mujer falleció, o porque sola y desamparada, se fué en seguimiento de otros indios que la amparasen y sustentasen la vida: con que cesaba por estos embarazos la propagación y se fueron consumiendo los indios, que pasando de treinta mil los que se empadronaron al entrar los españoles, apenas eran ocho mil en el tiempo que entró la Compañía, viviendo en una de las más lastimosas opresiones que otra alguna nación haya tolerado, y el día de hoy han quedado bien pocas reliquias de esta gente sin población ni forma de república, sino en estado miserable." (PEDRO LOZANO, 1755).

Así fué como las generaciones de siervos quedaban tendidas en la cordillera y en las minas, a guisa de espesa capa de humano mantillo que era necesario para que la civilización germinara sus semillas libre ya el terreno de la maleza indígena.

Despoblado el campo, pudieron las entidades del oeste y sudoeste recorrerla como predio propio, tanto más que se hacía presente a sus espaldas —a manera de espuelas— un nuevo elemento: los araucanos.

Estos indígenas de Chile —combativos y valientes— penetran en lo que sería con el tiempo territorio argentino, a fines del siglo XVI o comienzos del XVII¹. El capitán Juan Fer-

¹ Estas cifras no pueden menos que llamar la atención de quienes se han especializado en asuntos de etnografía pampeana y pa-

nández que por ordes del gobernador don Lope de Ulloa y Lemos en el año 1620 fué con 46 hombres a descubrir por Chiloé y Valdivia, atraviesa en su expedición la cordillera y ya por la región del Nahuel Huapí encuentra a un cacique al que llama Tipayante "que quiere decir nacimiento del sol" en lengua araucana y menciona vegetales que se usan como alimento cuyo nombre es dado en el mismo idioma (circunstancias que me fueron señaladas con su habitual saber y amistosa condescendencia por don Tomás Harrington)². No puede dudarse, por consiguiente, de la presencia de aquella entidad alóctona una centuria antes a la admitida hasta ahora. Un siglo y medio después comenzaban a dilatarse en la tabla rasa de la pampa, indefinida como su ambición, barriendo desdeñosamente todo amago de progreso, todo vestigio de civilización.

Fué un largo período de muchos decenios de malones, depredaciones, incendios: todo mal al alcance humano, luchas incesantes en las cuales, las fuerzas regulares del gobierno una y otra vez sucumbieron bárbaramente o disfrutaron del triunfo de un día, para volver a caer al siguiente; siempre con heroísmo aunque sin recompensas, sin presentir muchos que esa fragancia persistente sabiendo a laureles y flores, era el propio de la gloria, de la cual nadie sabía de cierto lo que era.

Pero llegó el fusil de repetición y todo aquello tuvo su término. La reflexión de Musters vale más que todos los diti-rambos a la táctica y estrategia del «héroe». "Al volver junto al fuego —dice— debajo del matorral, desmonté; y, mientras cocía otro huevo, participé a Orkeke algunos de mis pensamientos, insinuándole tranquilamente que yo llevaba conmigo diez vidas" (los dos revólveres que poseía) (G. CH. MUSTERS, 1911).

Una cosa era la época en que el pobre miliciano después de apretar el gatillo sobre los indios que estaban a 200 y, tal vez, a 150 metros de distancia, tenía que poner el fulminante, la pólvora, el taco, la munición, otro taco, etc., y antes de terminar ya estaba atravesado por una lanza; y otra en la que, después de haber despachado a media docena de enemigos, en no mayor tiempo que el necesario para poner el fulminante —y con menos peligro!— tenía, nuevamente, en sus manos la vida de otra tanda. Todo, todo cuanto se haga y se diga cons-

tagona. El común de los estudiosos indica la entrada araucana a comienzos del siglo XVIII.

² Documento titulado: "El Maestre de Campo don Diego Flores de Leon, Caballero de la Orden de Santiago...", en JO:É TORIBIO MEDINA, *Biblioteca hispano-chilena (1523-1817)*, II, 256; Santiago, 1885.

tituyendo una superestructura al fusil de repetición: cavilaciones tácticas, planes estratégicos, despliegue de fuerzas y columnas, estados mayores y demás, era ya superabundante. El "generalísimo" hizo su viaje en carroza.

Pero hubo tribus que pactaron buena amistad con los gobiernos civilizados. Unas cumplieron hasta el momento en que los intereses vernáculos fueron superiores al estipendio que esos gobiernos les pasaban. Se dió el caso en que el propio cacique "amigo" —Cipriano Catriel— fué ultimado por sus hermanos de raza por la circunstancia de favorecer y ayudar a los odiados "huincas". Y con ello queda dicho que el indígena en ningún momento respetó nada que se opusiera a sus desig-nios. Creo que no sería difícil encontrar similitud con algún conglomerado actual, tal elusivo como agresivo, según los casos, como la de los propios araucanos.

V

Entre nosotros, como en muchas otras partes del mundo, no se han realizado estadísticas que puedan proporcionar indicaciones respecto a las indicaciones sistemáticas resultantes de elementos humanos cruzados.

La fecundidad entre blancos, amarillos, negros y rojizos es asaz frecuente y a su resultado se le llama mestizaje y, más comúnmente, hibridación. Esta fecundidad, a pesar de las obscuridades que subsisten, es un hecho importante, pues demuestra que los principales tipos de la humanidad obran entre ellos —tal como lo sostenía Buffon— como las *variedades* de los mamíferos y no como las especies.

Algunas estadísticas muy exactas, llevadas durante años en cuanto al resultado de los cruzamientos, permiten dar el valor a pormenores morfológicos que caracterizan actualmente a los grupos étnicos y la condición mediante la cual esos caracteres pueden ser transmitidos, como también, el porvenir que aguarda a ciertos mestizos.

Por otra parte, si la mestización humana no logra invariablemente la total fusión de los caracteres, aparecen, entonces, otros intermedios a los que poseen los progenitores, cosa que hace muy difícil —y, según algunos, imposible— señalar en los hijos los provenientes de cada uno.

No es exagerado, por consiguiente, establecer —como lo dice Méndes-Correa— "que el antropólogo está en presencia de hechos contradictorios y dificultades insuperables" en

cuanto a la aplicación al hombre de las leyes mendelianas (A. A. MÉNDES-CORREA, 1922). Según recuerdo, nadie ha insinuado para la herencia humana una relación perfecta con dichas leyes. De los resultados más concordantes con las mismas podría sacarse en consecuencia que los datos proporcionados por la talla y el índice cefálico son malos elementos de apreciación racial, mientras que el color de piel, pelos y ojos son excelentes (EUGEN FISCHER, 1913; EUGEN FISCHER, 1923; R. RUGLES GATES, 1925).

De los mismos procesos que presenciamos procurando seguirlos en los cruzamientos humanos, conocemos a fondo muy pocas cosas. Esta aseveración con que inicia uno de sus capítulos en la obra citada en primer término, Fischer ha sentado un punto de vista fundamental que no ha sido atenuado por los trabajos más recientes. Los procesos hereditarios, mendelianos para los unos, no mendelianos para otros, la fisiología y la biología general de los mestizos entre razas humanas quedan indecisos a menudo; por ello, sería prematuro hacer afirmaciones categóricas como generalmente se hace.

No podemos olvidar la dificultad, más aun, la imposibilidad de extender a los estudios raciológicos algunos de los métodos de la Zoología. En efecto: la humanidad, con todos los medios que dispone para modificar en lo que le concierne lo que son leyes inevitables para los animales que viven en libertad no se somete a ellas sino en casos muy especiales y por ello resulta un tanto fuera de lugar las tentativas de trasladar al hombre las reglas observadas en el ciclo vital de seres inferiores y aun mismo de vegetales.

Las condiciones experimentales son totalmente inversas para tentar analizar la herencia humana. Para las plantas ya se han señalado importantes excepciones a las leyes mendelianas (experiencias de E. Bellair sobre los tabacos). En cuanto a los mamíferos —que han proporcionado ejemplos considerados como típicos y que se han hecho clásicos en favor del mendelismo zoológico— ofrecen notables excepciones. El caso bien conocido de las ratas blancas y grises cuyo cruzamiento trajo ratas grises (color dominante sobre el blanco considerado recesivo); después varias ventregadas ya fueron grises y blancas y continuando las crías, aparecieron las pardas, amarillas, negras, grises y blancas o diversamente mezclados: todo un desconcierto para las famosas leyes. Y si consideramos al mamífero superior, el hombre, el cruzamiento más común, el de un blanco y una negra, lejos de ocasionar la conservación de sus caracteres a través de las mezclas y de su descendencia

cia, siempre da productos intermedios: mulatos, cuarterones, octavones, etc. Este tipo de herencia es de tan extraordinaria importancia que Bateson no ha podido menos que considerarla como la única excepción a las leyes de Mendel.

En Estados Unidos donde tanto se ha trabajado en estas cuestiones de herencia e hibridación humana se ha llegado a conclusiones adversas al mendelismo. Boas (1917) considera a la población de ese país constituida por tres tipos principales bien distintos: los descendientes de inmigrantes europeos, los que poseen una gran cantidad de sangre indígena y los que tienen proporción elevada de sangre negra, pero en estos mestizajes los procesos hereditarios logran la formación de tipos variados más no formas mendelianas.

A través de numerosas variedades humanas resultantes de las mezclas de un gran número de tipos, Hershkovits (1928) considera posible que pueda establecerse uno nuevo: el negro americano; pero habiendo procurado insistentemente armonizar sus conclusiones con las leyes mendelianas, ha tenido que reconocer en conclusión, su imposibilidad.

Hace varios decenios que se ha iniciado el estudio de la Serología con criterio racial. La información lograda es abundantísima. La importancia de los hechos que ha suscitado esta disciplina, el número de investigaciones que ha determinado, la indecisión que producen no obstante los progresos alcanzados, han provocado frecuentes apreciaciones de conjunto en que la mayoría se abroquela en un escepticismo fácilmente comprensible. Ruggles-Gates en su revisión de los diversos aportes dados a conocer de la aplicación de las leyes mendelianas y la serología a la humanidad concluye declarando que deberían hacerse múltiples ensayos en razas indígenas antes de poder expresar un juicio definitivo en cuanto a la valoración de los tipos sanguíneos como carácter racial. Más recientemente, Buining al analizar la teoría de los tres alelomorfos múltiples de Bernstein manifiesta que "es ciertamente la que proporciona las mejores explicaciones de los datos estadísticos y a la cual se ajustan mejor las relaciones cuantitativas encontradas en la práctica. Sin embargo —añade— el gran porcentual de excepciones descubiertas en el curso de los últimos años, especialmente en las uniones A B, constituye un argumento importante contra la hipótesis de los alelomorfos múltiples" (BUINING, 1943).

Weidenreich señala que al momento de escribir era "posible distinguir serológicamente no menos de 2.560 clases de sangre humana" y concluye expresando que "si todos ellos se

presentaran en todas las razas y subrazas antropológicamente diferenciadas, tendríamos 92.780 grupos raciales diferentes, sin incluir los tipos constitucionales y su combinación con los «antropológicos» y los serológicos” (WEIDENREICH, 1947).

En resumen: la concepción actual de las razas que constituye la finalidad de la raciología y la explicación del mestizaje, ha sido enfocada por los diversos investigadores con una minuciosidad tal que, tal vez, por inercia, otros se han volcado en el más crudo descreimiento, hasta llegar quienes la apodan como “un mito moderno” (CLYDE KLUCKHOHN, 1949).

VI

El somero resumen que precede —y que mucho he dudado en mantenerlo como parte integrante de esta memoria— tiene, a mi entender, el propósito objetivo de plantear para los no especialistas el verdadero estado de los fundamentos de esa vaga —y, más que vaga, confusa— filosofía “antropotécnica” —que en su hora se presentó como si fuera científicamente establecida— de la cual no se hizo uso sino abuso, de su faz utilitaria y persecutoria. No en vano se ha querido dulcificar su carácter con el eufemismo de “eugenesia racial”! Y lo hago así de soslayo porque los asuntos de especie y herencia —en las que no son ajenos ni el azar con todas sus variantes— son complicados de suyo y tanto más que invaden el tremedal lindero de la Sociología.

Ello sentado, no se me oculta que la humanidad en el transcurso de los siglos ha echado mano aun de los recursos extremos para eliminar elementos indeseables juzgados a manera de productos de desasimilación de los organismos vivos. Pero en momento alguno ha quedado justificado por razones científicas el oculto propósito político, ni en los estudios puros de herencia se ha de encontrar donde escudar desvarios de jerarquización racial. Pero la teoría existe y la práctica ha tenido sus verdugos.

Aquí en Argentina no hemos tenido, en momento alguno, propósitos aviesos y, mucho menos, agresivos para ningún etno, circunstancia explicable, a su modo, por el intenso cosmopolitismo que ha formado y sigue creando con mayor plasticidad la población estable del país.

No creo esté fuera de razón recordar que el nuevo tipo humano, de origen europeo, en vías de realización en Estados

Unidos está respaldado por medidas legislativas, tomadas para consolidarlo y evitar, por consiguiente, aportes sanguíneos juzgados indeseables que puedan modificarlo en detrimento de lo ya conseguido. La ley de 1921 que prorratea la inmigración en su mayor parte a la "raza" anglo-sajona y germana —consideradas como las más emparentadas al conjunto norteamericano— no es otra cosa que una medida de selección en favor del nuevo tipo.

En cuanto a las entidades indígenas en Argentina, al llegar el momento de someterlas, se ha imitado, en grandes líneas, las "reservas" instituidas en Estados Unidos. El gobierno civil a través de los años las fué formando con tribus de caciques respetados y famosos, dándoles la propiedad de las tierras y —descartando la utilidad militar de privar de hombres al enemigo, cuanto de instituir una barrera entre los poblados de la civilización y las tolderías de los bárbaros— con la finalidad ulterior de apaciguar su ser montaraz. El propósito no puede ser más loable. Echemos, por consiguiente, una mirada para ver lo que se ha conseguido, volviendo antes la vista al pasado para ubicarnos.

Según ya he indicado, al iniciarse el siglo xvii la punta de lanza araucana —que no necesitó enseñanzas extrañas— penetra en territorio argentino. Un siglo y medio después —para hablar en cifras redondas— la punta de lanza llegaba hasta el corazón mismo de la llanura bonaerense, mientras sus flancos se abrían desalojando a las entidades autóctonas de los territorios de caza que hasta entonces usufructuaban, enquistándose después, cuando no pudieron fagocitarlas.

A pesar de ello, mientras tanto, en la ciudad y campaña no hubo degeneración de la fibra primitiva porque el tronco indígena no se adhirió a la conquista. Todavía en el año 1778 el virrey Juan José de Vértiz hizo realizar un censo de toda la zona civilizada. Los resultados no pueden ser más halagüeños; sobre un total de 37.130 habitantes, 25.451 eran españoles (comprendidos los criollos), 2.087 indios, 674 mestizos, 4.173 mulatos y 4.745 negros. Y esas cifras a través de los años fueron modificándose con un aumento cada vez mayor del elemento europeo (en su amplio sentido) y en detrimento de los indios y bastardos cuyo tanto por ciento era ya insignificante un siglo después.

Al hablar de Araucanos entiendo referirme a ese conglomerado que, en nuestro país, practicaba el idioma de allende los Andes que, no obstante, sus variantes locales, no eran tantas como las introducidas en su cultura.

Pues bien; ese conglomerado era fruto secular de continuas hibridaciones. Haciendo abstracción de la protocolar exogamia de los jefes, que introducía —a su manera— la sangre de otra agrupación, desde mediados del siglo XVI comenzó a bastardearse el indigenado de las llanuras: el hombre hispánico y sus hijos —engendrados en vientres de indias— procrearon en las mujeres autóctonas como, a su vez, el bárbaro lo hizo con las mujeres europeas —o sus descendientes— que capturaban ya en los malones a los poblados o en el asalto a las caravanas de carretas. Y no hay que olvidar que estas pobres infelices, blancas y de formas apetecibles, eran las preferidas del primitivo para saciar su lujuria. Durante tres centurias la pampa argentina fué el laboratorio de uno de los procesos hibridatorios más íntimo que haya presenciado la humanidad. El resultado de tanta gestación crapulosa fué el araucano histórico de la época de Caseros.

El cacique ranquelino Mariano Rosas tenía “ojos garzos” (LUCIO V. MANSILLA, 1870), su hermano Epumer “blanco y rosado” (cap. XXVI), la madre de Baigorrita era una cautiva (cap. XLV), la hija de Mariano y ahijada de Mansilla era “hija de cristiana” (cap. LVIII) y el cacique Ramón había tenido tres hijos en doña F. de Z., de la villa de La Carlota (cap. LXXV). Esta es la filiación de los jefes araucanos conocidos con el nombre de Ranqueles que nos ha dejado su comentador más difundido. ¿Y cómo olvidar la fotografía de Namuncurá al llegar a Buenos Aires en calidad de prisionero con sus dos esposas, una blanca y la otra un tanto aindiada? (MILCIADES ALEJO VIGNATI, 1944). ¿Acaso Ebelot no nos refiere el matrimonio de una descendiente hispánica con un cacique indio quien, a su vez, era hijo adulterino de un francés con una de las esposas del cacique putativo y, a renglón seguido, el nacimiento de un rubio hijo de madre india, igualmente adúltera? (ALFRED EBELOT, 1890). No es necesario insistir; la enumeración sería interminable y fuera de lugar.

Por consiguiente, el indio que precedió y actuó en la conquista del desierto era bastardo en enésima potencia. Y fué ese “araucano” el reducido y afincado por el vencedor. No puede, pues, extrañar que sus descendientes no sean un dechado de somática aborigen.

Las dos grandes colonias de indígenas fueron en Azul y en Los Toldos.

De la primera, denominada Villa Fidelidad quedan más

recuerdos que vestigios¹; ya no es posible congregarse la prole dispersa. De los ancianos que algunos mencionan nada queda: eran la tercera generación de la tribu inicial reducida, adaptados a la vida civilizada, vida precaria pero civilizada al fin. Las antiguas costumbres y ritos religiosos se esfumaron antes que los últimamente desaparecidos pudiesen captar el misticismo de su mitología; solo el idioma perduraba, corrompido como jerga de arrabal —que otra cosa no era con respecto a Azul. Parceladas las tierras, enajenadas unas, hipotecadas otras, en la miseria todas, los araucanos iniciaron el éxodo a todos rumbos, ya como peones de estancia, ya instalándose en las ciudades para trabajos subalternos, ya —los de más suerte— enganchados en la policía. Las mujeres, a su vez, atraídas por el bullicio y lujo de los centros poblados acudieron para los trabajos domésticos. La hibridación fué cada vez más intensa en todos los sentidos y, en el momento actual, la cuarta y, en casos, quinta generación solo en casos esporádicos muestra los rasgos de la raza aborigen. Todo ello no descarta la existencia de familias en las cuales los matrimonios se realizan con progenies endógenas y en las que es más notorio la herencia, ese “hilo color escarlata que corre a través de los siglos”.

El conjunto más apreciable de “araucanos” aun existente es el radicado en la localidad denominada Los Toldos en el partido General Viamonte. Es el reducto de la que fué la famosa tribu de Coliqueo, de tan infausta memoria. Su radicación es del año 1866. Con excepción de Catriel, ningún otro cacique de igual importancia se allanó a la convivencia pacífica con las poblaciones civilizadas. No me corresponde, bajo ningún concepto, establecer la razón jurídica que pueda amparar su anhelo a la posesión de las tierras ocupadas —en un total de 6 leguas cuadradas— que les fueron concedidas por el gobierno nacional durante la presidencia de Mitre. Es un asunto que ha tomado estado público y respecto al cual no deseo pronunciar opinión que pueda vulnerar intereses preexistentes.

La gente que allí vive muestra el terceto somático de cabellos, tez y ojos bastante concordantes. En cuanto a la piel varía del número 14 al 21 y excepcionalmente al 25 de la escala de von Luschan. A decir verdad, el color resulta, a veces más obscuro por el cutis atezado propio de la vida de campo, sin descontar la muy posible existencia de pigmento soluble.

¹ Pronto será un cuarto de siglo que el P. Furlong la visitara: sus palabras son el responso a algo perdido para siempre (cfr.: GUTLERMO FURLONG, Buenos Aires, 1938).

El cabello es lacio y, en general, rígido sin exceso. Su color no es parejo entre los diversos individuos. Los hay que corresponden al número 4 de la escala de Fischer, pero no faltan los que muestran el cabello del número 6 y hasta del 7 y aun mismo el 8.

Tal vez sea la coloración de los ojos la más heterogénea: números 5 y 6, o bien 7-8 de la escala de Martín. Como excepción se da el 9 y 10, o bien una tonalidad oscura comparable al número 4.

En términos generales, puede decirse que la población mantiene los rasgos fisionómicos propios del araucano argentino, un tanto diferente al prototipo chileno en ser más esbeltos y de talla más elevada. Pero ello no significa asignar a estos caracteres valor racial. Posiblemente, lo que más los distingue de las descripciones clásicas es el bigote que usan en la pluralidad de los casos. Ya ha fenecido la costumbre —que era casi ritual— de la extirpación de los pelos faciales.

Hasta las costumbres se resienten con un dejo de primitividad ocasionada, a no dudarlo, por el ficticio aislamiento que les crea la situación de terratenientes.

Las casas —varias de ladrillos, muchas de adobes— están construidas con el mismo patrón que las habituales de los colonos extranjeros, pero se resienten por su obscuridad: el uso de ventanas es casi desconocido y los vidrios lo son más. Otras construcciones no pueden merecer otra calificación: miserables; es un toldo de salvaje en los que ni siquiera se ha cuidado poner tabiques o mamparas; allí la promiscuidad es repugnante.

Han tomado de la civilización la parte que halaga su vanidad: fijador para el cabello los hombres; ondulación y coloretes las mujeres y perfume, mucho perfume tanto aquéllos como éstas.

Los más hacendosos han adquirido algunas herramientas de labranza, pero ya están anticuadas, otras rotas y compuestas "en casa". Todo resuma incuria.

Aquí también el éxodo es muy intenso: las fábricas de los grandes centros con sus elevados jornales es una permanente tentación a los elementos jóvenes. Y no es de extrañar que dentro de muy pocos años Los Toldos sea otro recuerdo como Villa Fidelidad.

Nada más plausible en su época que la entrega a los indígenas de extensiones relativamente grandes de tierra para que las usufructuasen. Tal vez ahora podría encontrarse otra forma de protección que, al mismo tiempo, signifique la asimilación

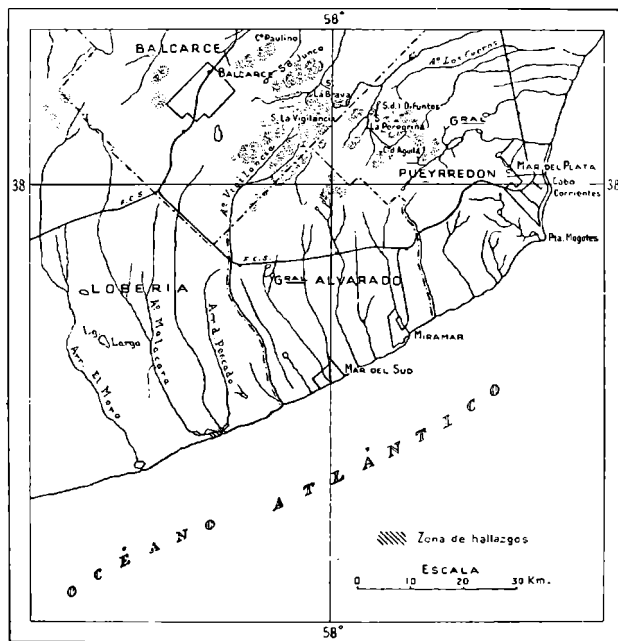
integral de ese núcleo que, no obstante los continuos aportes de sangre exótica— por matrimonios o uniones ilícitas— de uno y otro sexo constituye un grupo bastardo con idiosincrasia propia.

En verdad y lacónicamente, aunque duela, el indio ya no existe. Se les llama así porque sus ascendientes remotos lo fueron. Y el mantenimiento de esa colonia, en mi concepto, representa un error social. Aferrados a esa tierra, su aislamiento los degrada. La obra humanitaria y de honda consecuencia civilizadora implica virar 180° la obra que ahora se realiza: no hay que agruparlos hay que dispersarlos. Es necesario instalarlos en centros urbanos donde puedan emplear sus condiciones de laboriosidad, donde puedan avivar su espíritu con el roce vecinal de otras "razas" y otras costumbres. Procediendo con este criterio la asimilación sería total: gotas de agua perdidas en el caudal inagotable del cosmopolitismo europeo.

La provincia de Buenos Aires —como sus inmediatas limítrofes al norte— podría, con orgullo, mostrar su censo racial limpio de toda tara indígena.

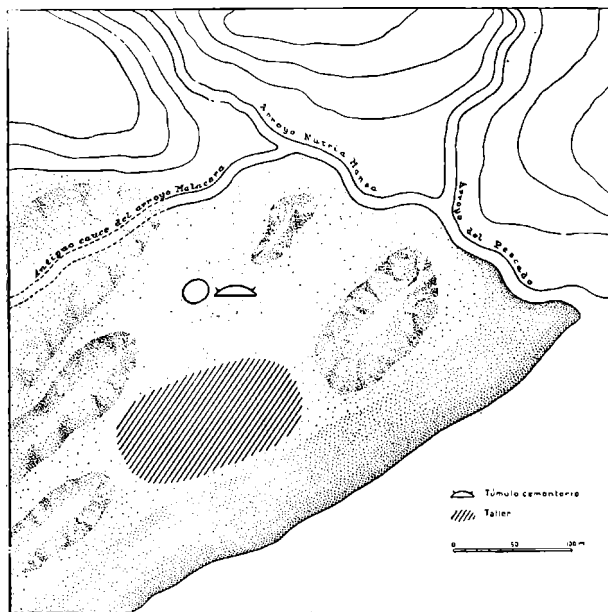
La provincia tiene otro peligro al que debe oponerse con la fuerza legal para evitar sucumbir en la degeneración de la estirpe. Desde hace un quinquenio un aluvión —que en su época, sus integrantes, recibieron un apelativo tan apropiado como deprimente— del área chaqueña ha invadido el gran Buenos Aires. Es necesario hacerlos volver a sus lares si no se quiere que en el próximo censo, el guarismo de gentes de color ocupe un lugar destacado que constituiría una vergüenza para la provincia, hasta hace poco redimida de esa maleza.

La Plata, julio de 1960.



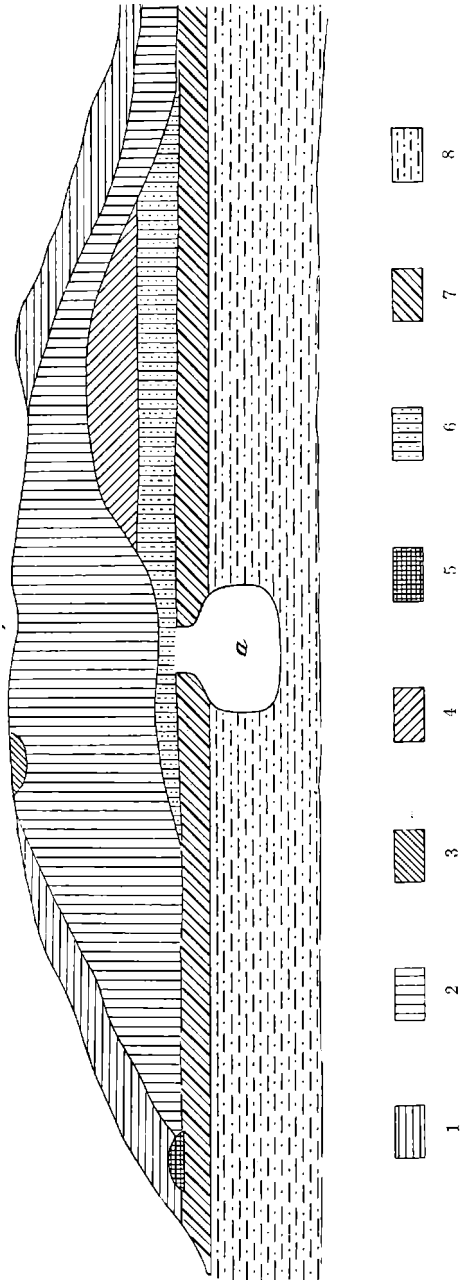
LÁM. I

Ubicación del yacimiento en el litoral atlántico.



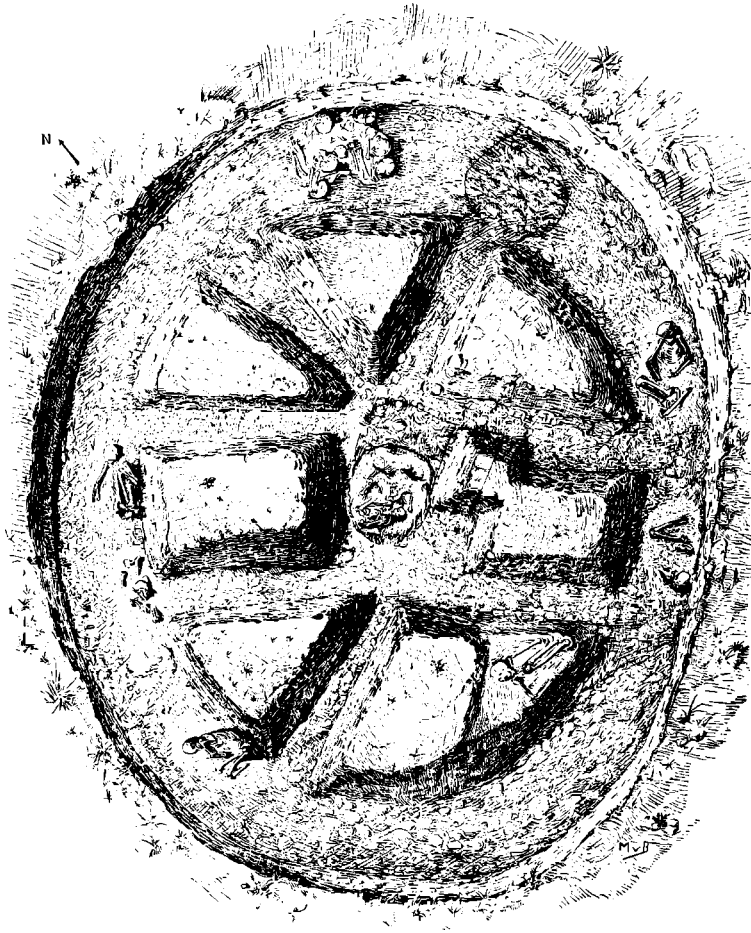
LÁM. II

Ubicación del túmulo y taller de Malacara.



LÁM. III

Corte transversal del túmulo de Malacava. 1. Tierra negra removida, con piedras trabajadas de industria monofásica; 2. Materiales transportados de colores negro y rojizo; 3. Lugar donde se encontraron huesos de un niño, de animales, cuentas de collar y abundante ceniza; 4. Tierra negra similar a la N^o 1, pero no contenía restos humanos; 5. Lugar que ocupaba el conjunto de cráneos y restos esqueléticos de la lámina XVI; 6. Terreno de color rojizo sin apariencias de remoción, estéril de todo resto; 7. Tosta calcárea que se encuentra, generalmente, coronando el Pampeano superior; a, pozo excavado por los indígenas que contenía los pequeños esqueléticos de la Lámina XXII, un tanto quemados y con abundante ceniza.

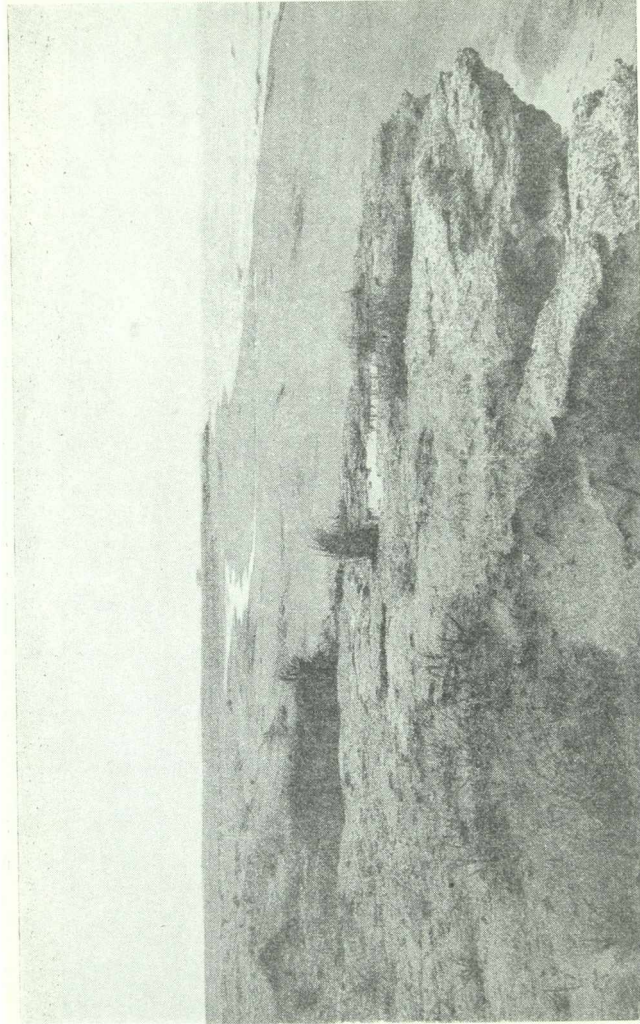


LAM. IV

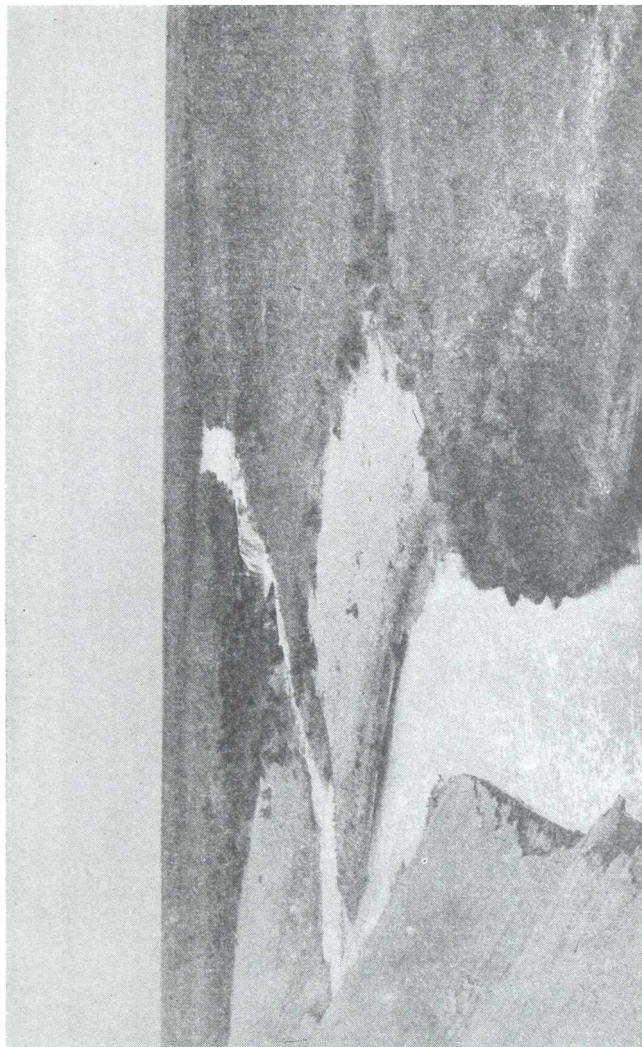
El túmulo con la disposición de los diversos entierros.



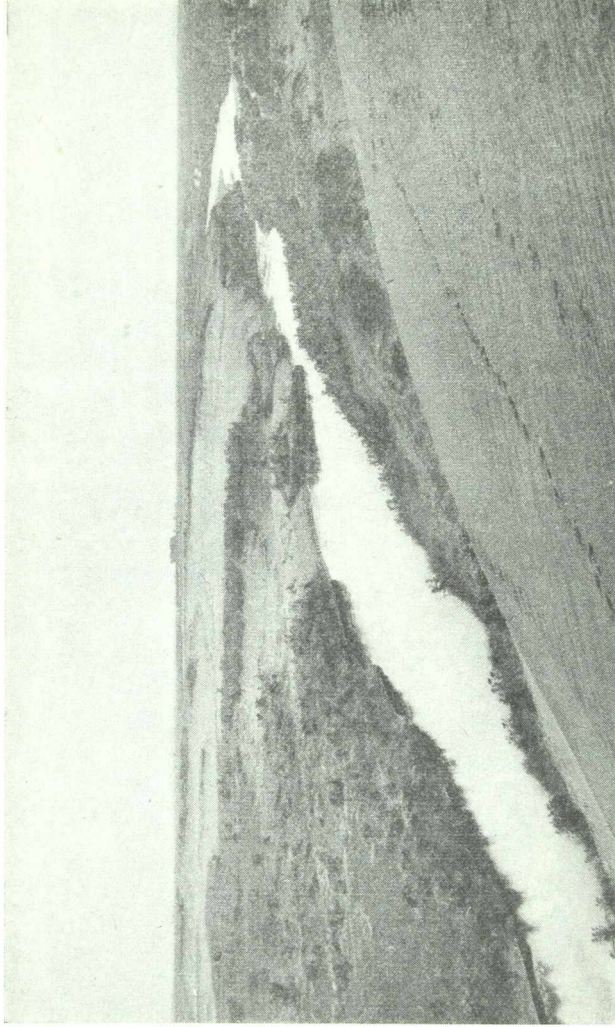
LAM. V
' La costa del mar vista hacia el O.S.O. del yacimiento en donde el arroyo Malacara ha abierto su desagüe.



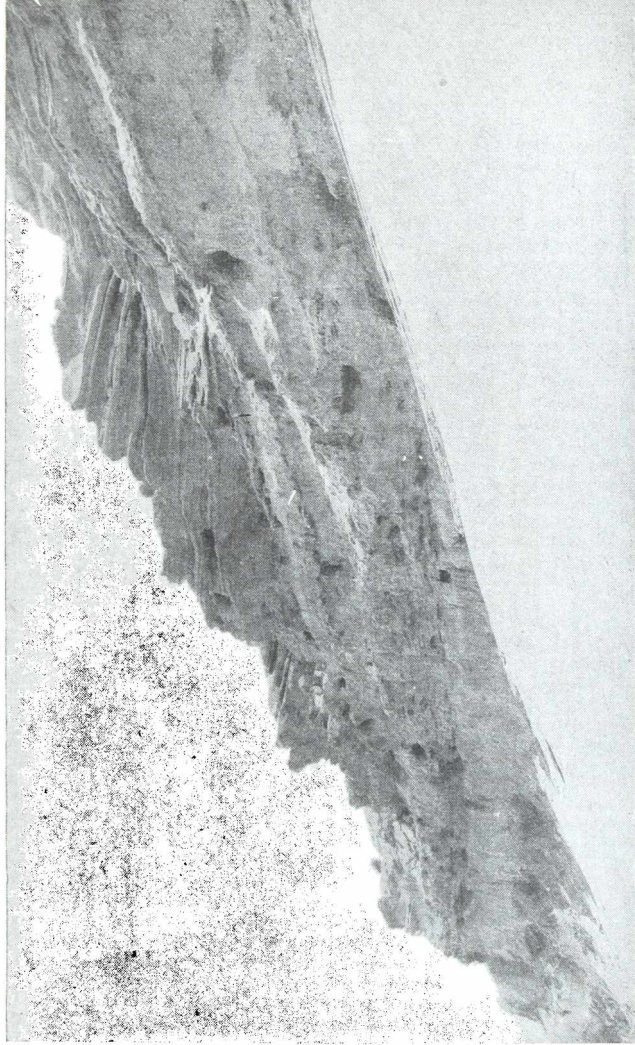
LAM. VI
Vista de la costa hacia el E.N.E. desde el yacimiento de Malacara con el desagüe
del arroyo del Pescado.



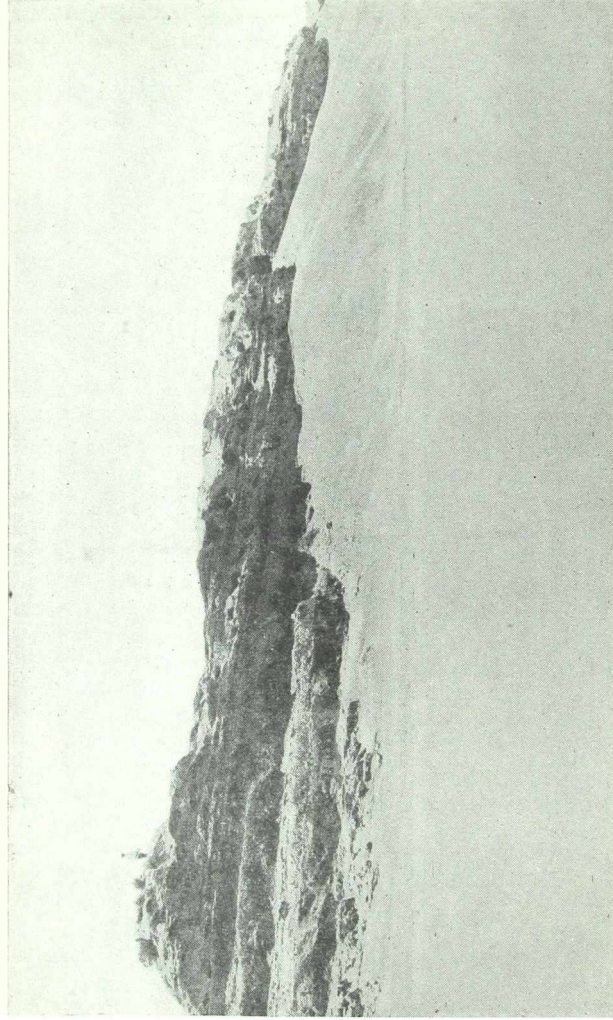
LÁM. VII
Cauce del arroyo Malacara invadido, en parte, por las arenas
de las dunas litorales.



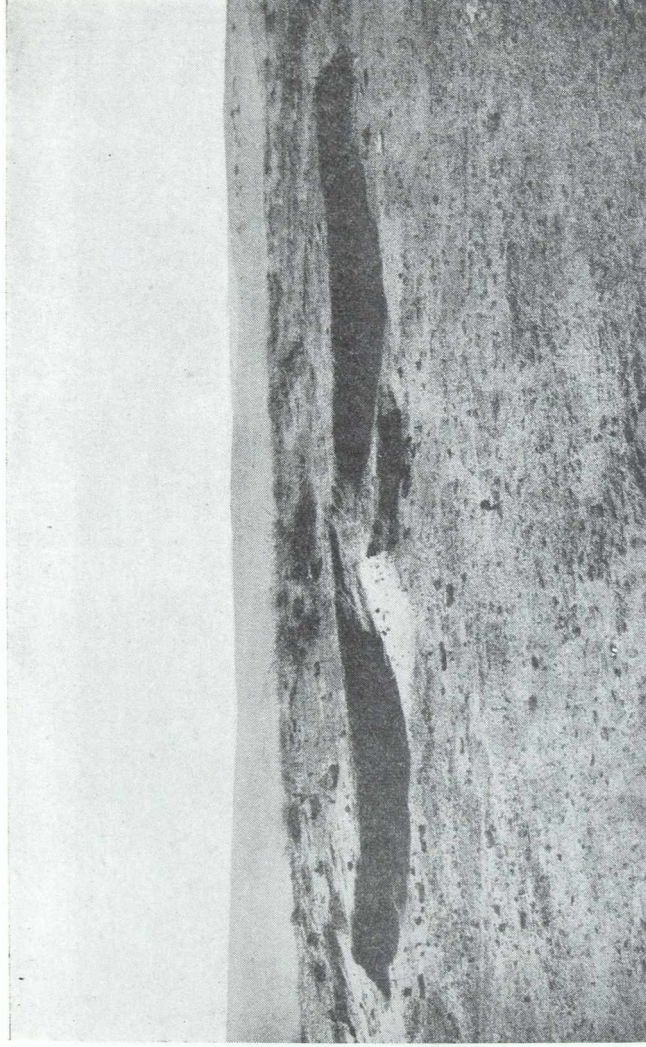
LÁM. VIII
El arroyo Malacara en las proximidades del túmulo; las carpas blancas indican su situación.



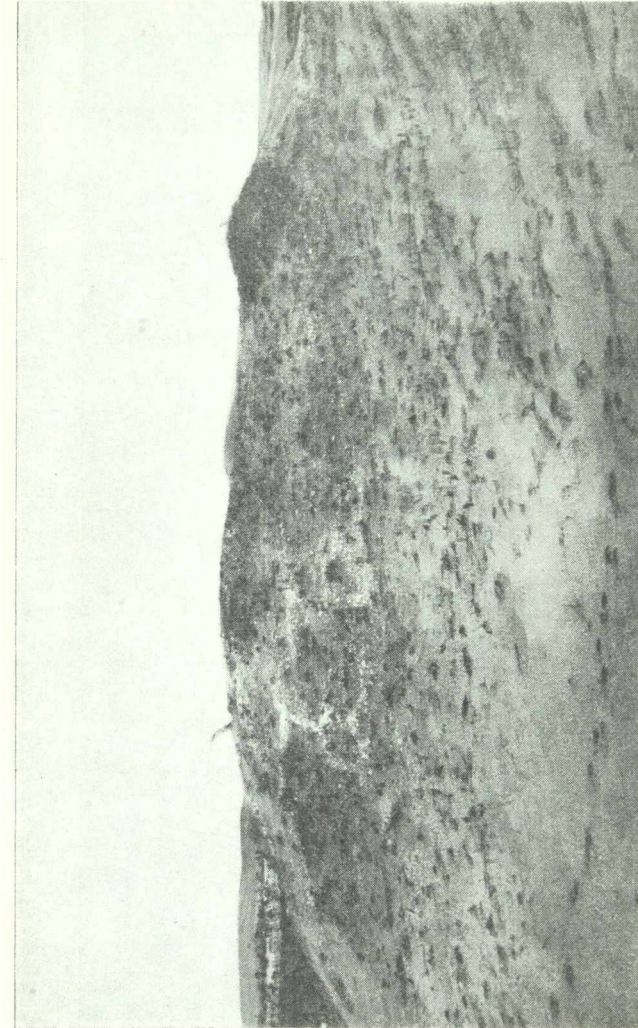
LAM. IX
Dunas antiguas que coronan los sedimentos al E del yacimiento.



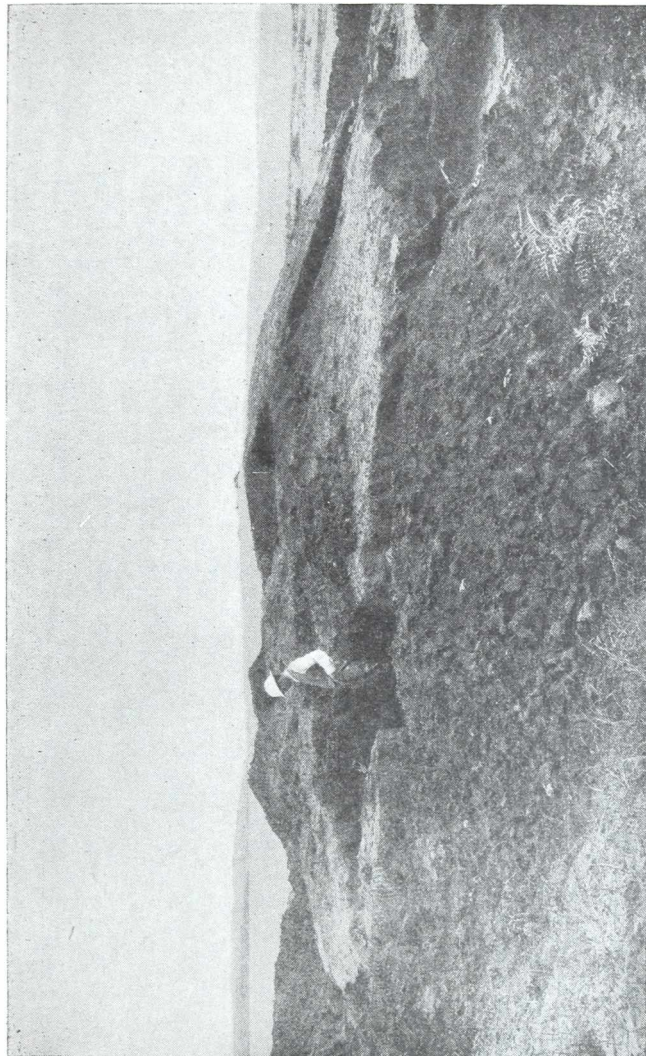
Lám. X
Acantilado de la margen izquierda de la desembocadura del arroyo Malacara.



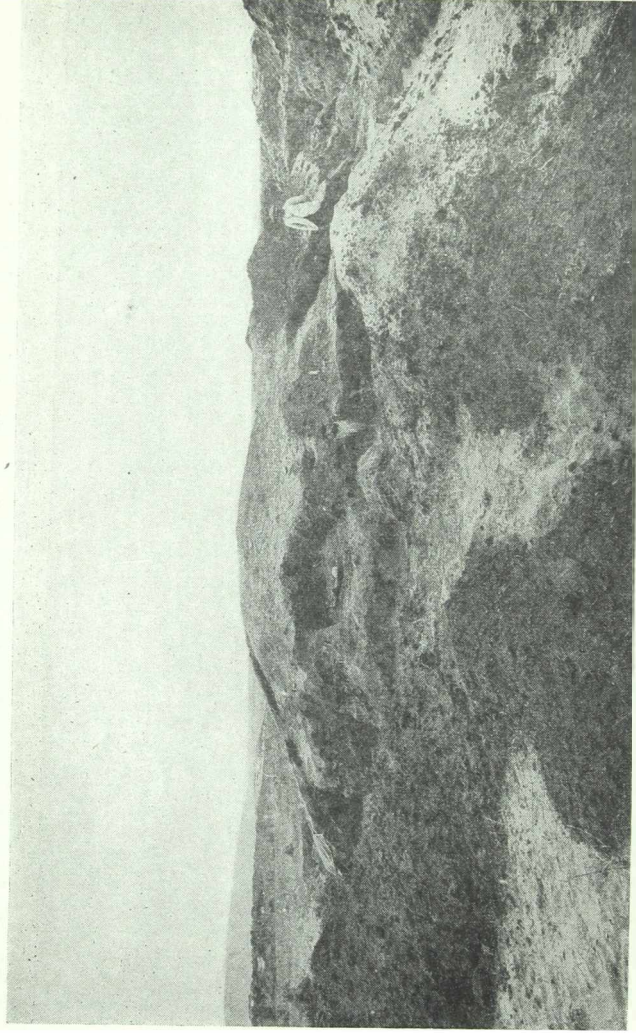
LÁM. XI
Taller de instrumentos de piedra "hendida" inmediato al túmulo.



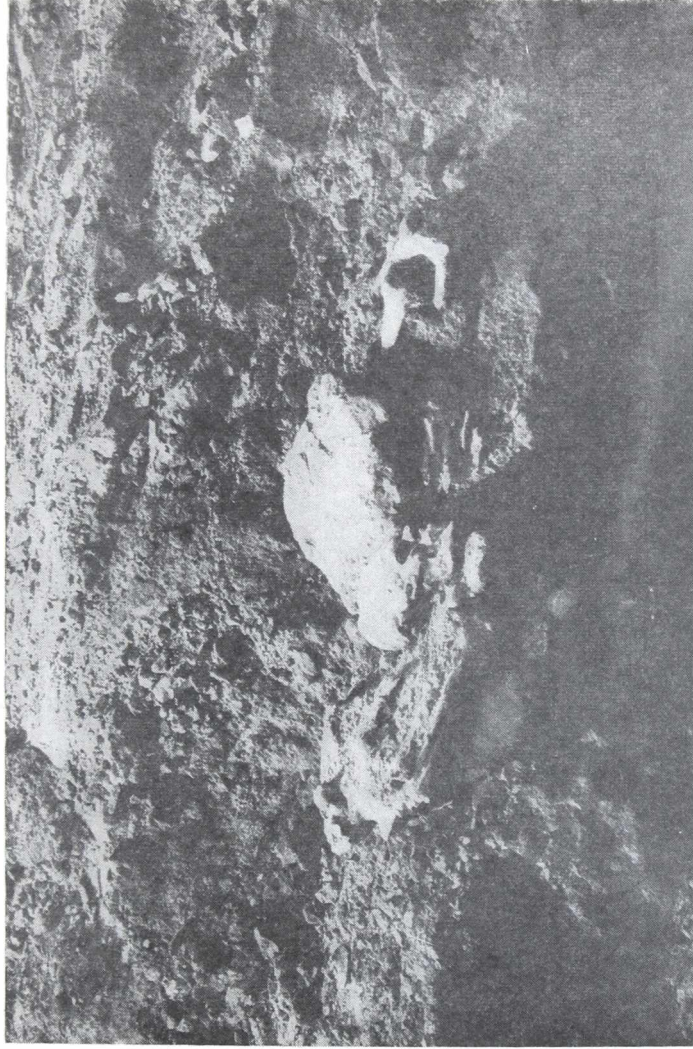
LAM. XII
Vista del túmulo de Malacara.



LÁM. XIII
Durante las excavaciones del túmulo. El doctor Luis M. Torres observando la trinchera abierta.

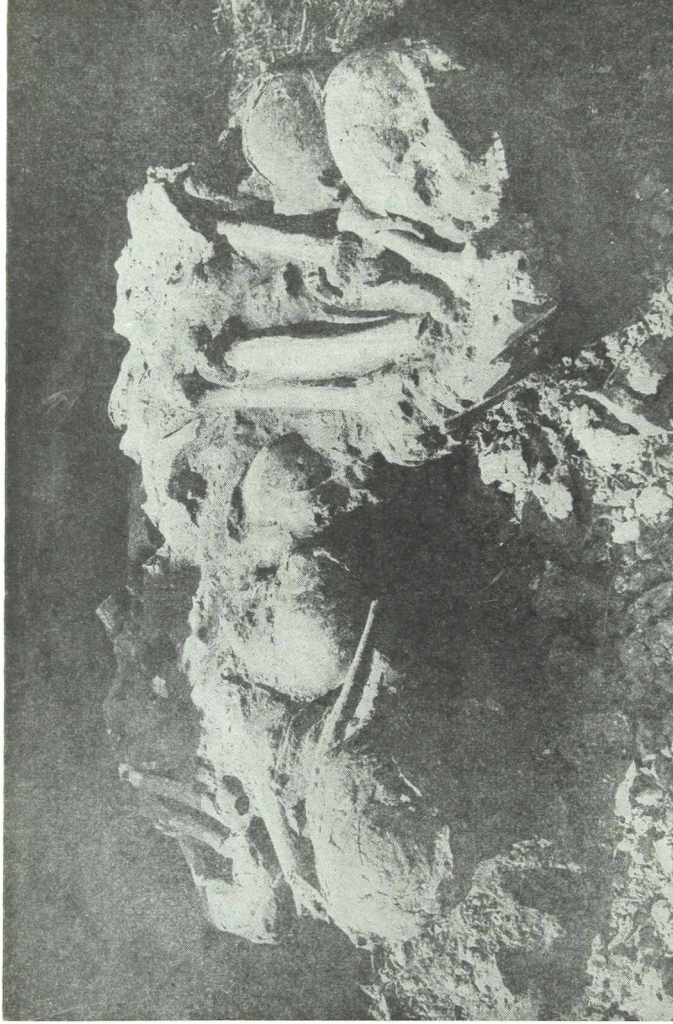


Lám. XIV
Vista del túmulo después de las excavaciones. A la derecha, Lorenzo J. Parodi.

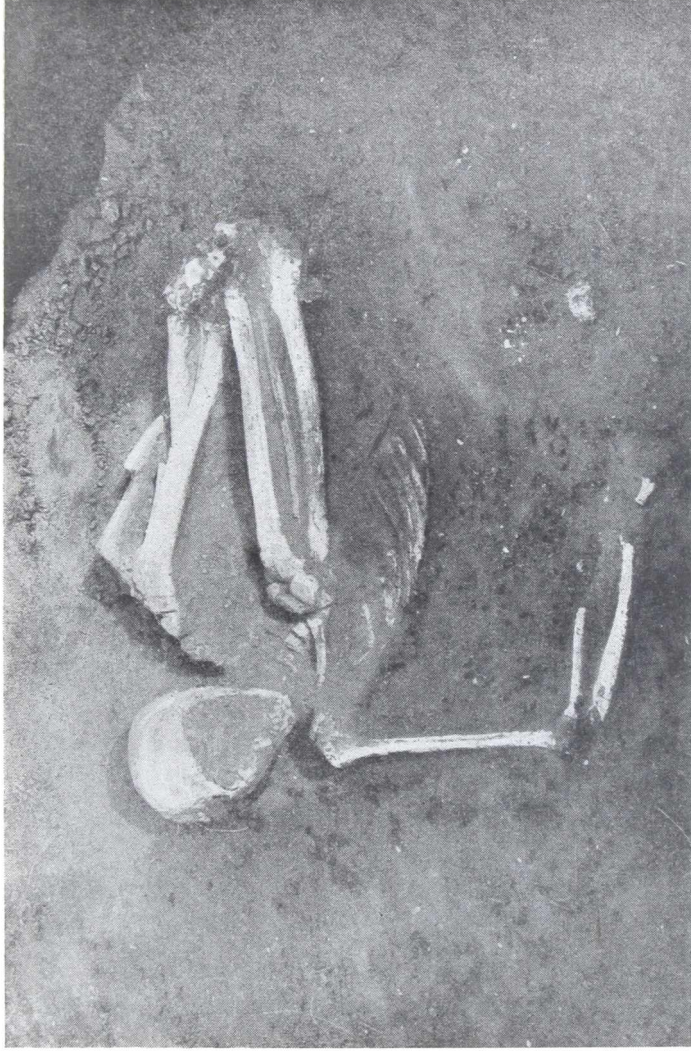


LÁM. XV

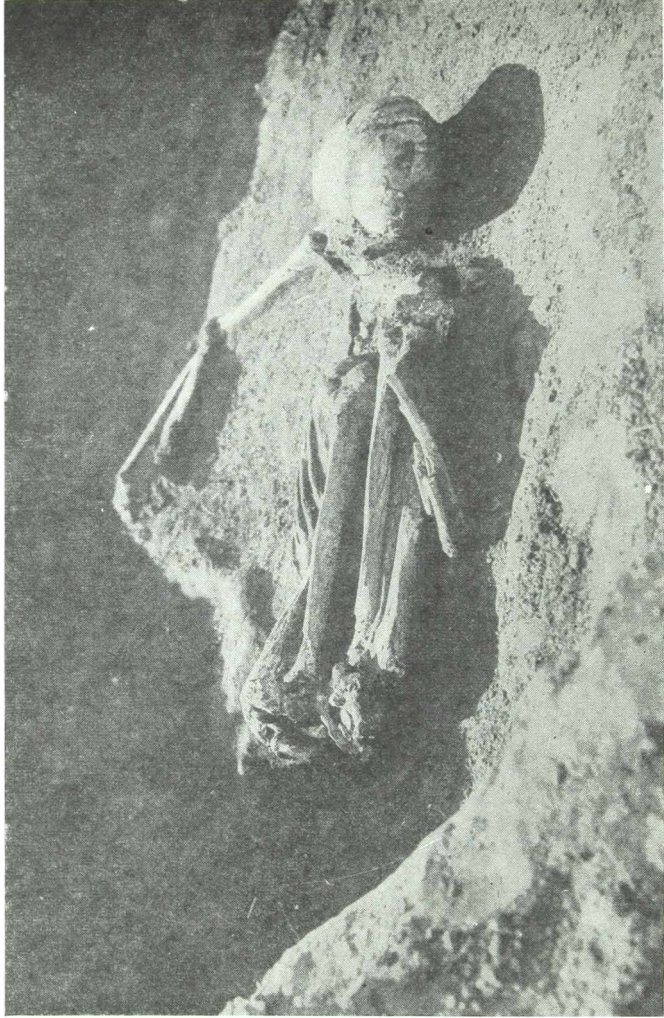
El hallazgo número 1. Puede verse el cráneo con mandíbula, huesos largos, la
laja que lo cubría y la piedra de boleadora. Malacara.



LÁM. XVI
Conjunto de cráneos y huesos largos. Malacara.



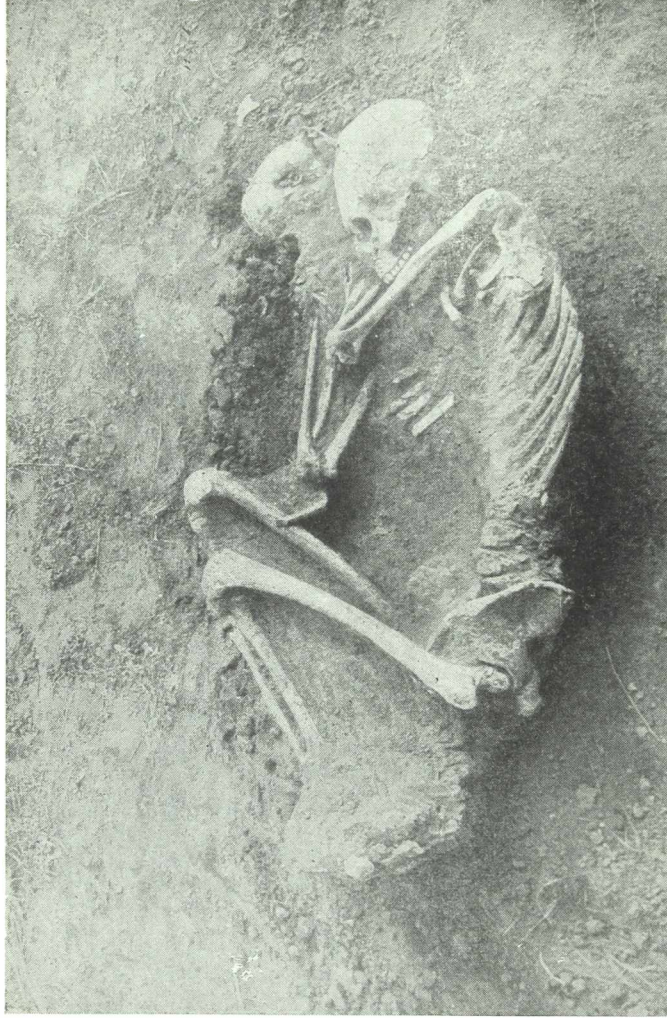
Lám. XVII
Paquete funerario con el brazo distorsionado. Malucara.



Lám. XVIII
Paquete funerario. Malacava.



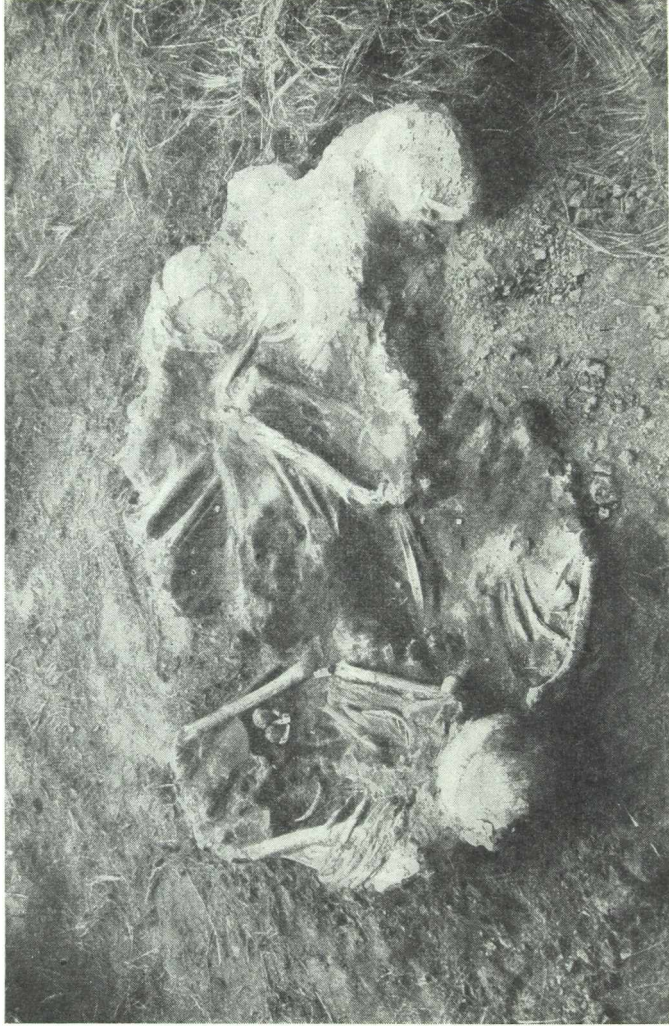
LAM. XIX
Sepultura primaria. Malacara.



LAM. XX
Paquete funerario típico. Malacara.



Lám. XXI
Inhumación primaria con iniciación de posición genupectoral. Malacará.

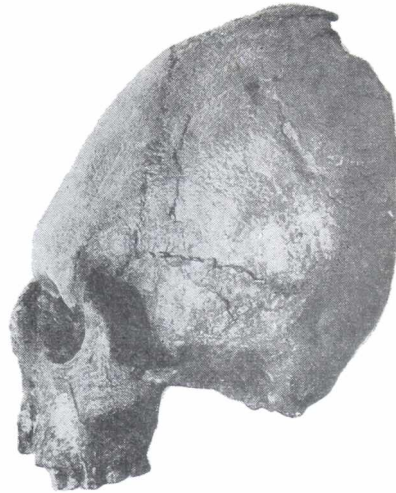


LAM. XXI

LÁMINA XXIII



1. Deformación de cráneo con incrustación del lado derecho en la cavidad Malacera.



2. Incrustación del occipital dentro de la cavidad craneal. Malacera.

LÁMINA XXIV



1. Desplazamiento del cráneo facial y mandíbula. Malacera.



2. Aplastamiento transversal de cráneo. Malacera.

LÁMINA XXV



1. Desplazamiento mandibular y cráneo embutido. Malacara.



2. Aplastamiento del lado derecho del cráneo. Malacara.

LÁMINA XXVI

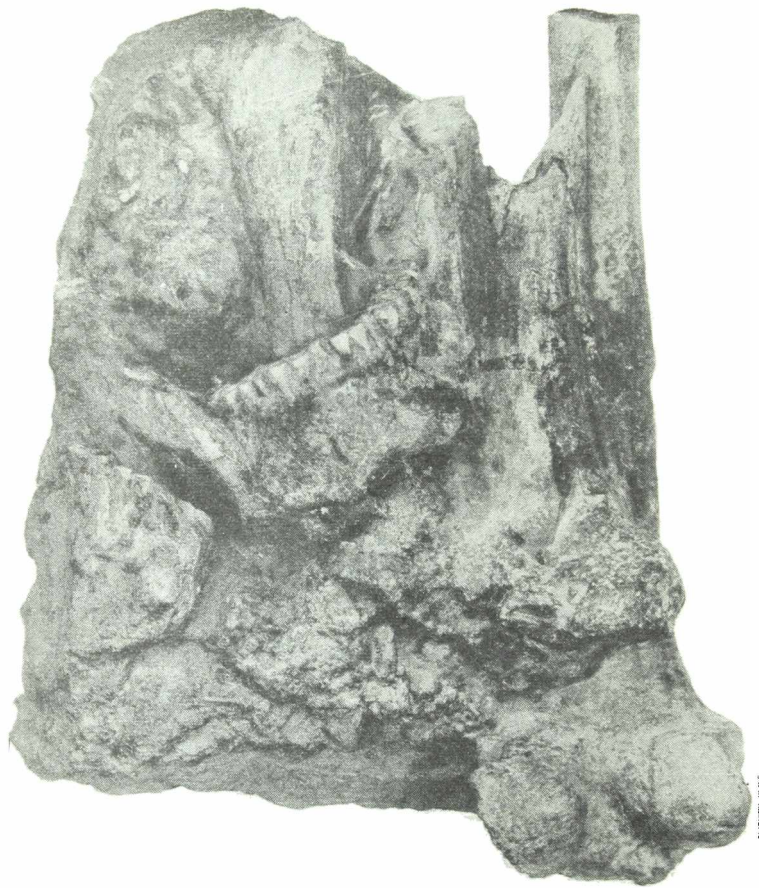


1. Cráneo facial telescopado en la cavidad; desplazamiento de la mandíbula. Malacara.



2. Aplastamiento del frontal. Malacara.

LÁMINA XXVII



Testigo de una segunda inhumación. Malacara.

LÁMINA XXVIII



1. Norma frontal, cráneo 6417. Malacara.

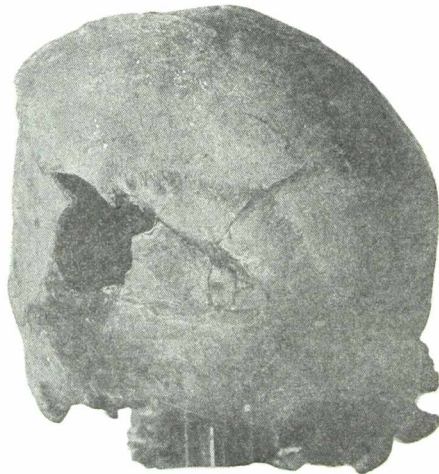


2. Norma frontal, cráneo 6418. Malacara.

LÁMINA XXIX



1. Norma posterior, cráneo 6117. Malacara.

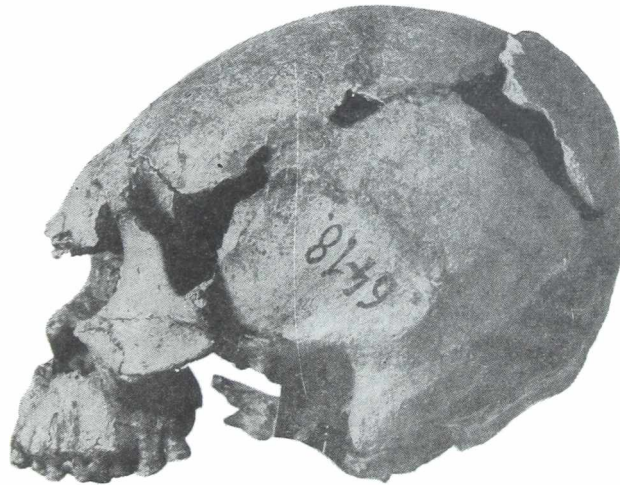


2. Norma posterior, cráneo 6418. Malacara.

LÁMINA XXX



1. Norma lateral, cráneo 6417. Malacara.



2. Norma lateral, cráneo 6418. Malacara.

LÁMINA XXXI

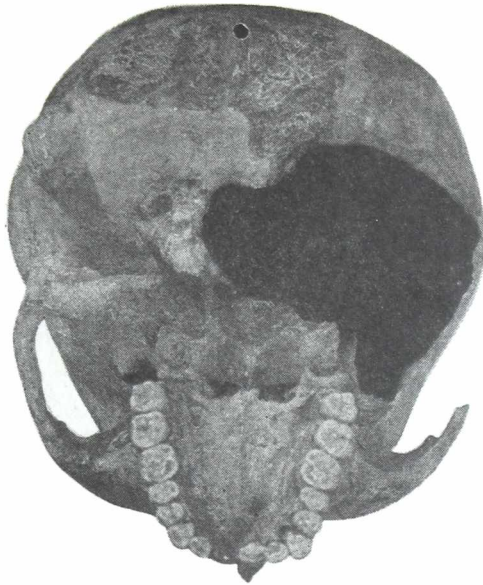


1. Norma superior, cráneo 6417. Malacara.



2. Norma superior, cráneo 6418. Malacara.

LÁMINA XXXII

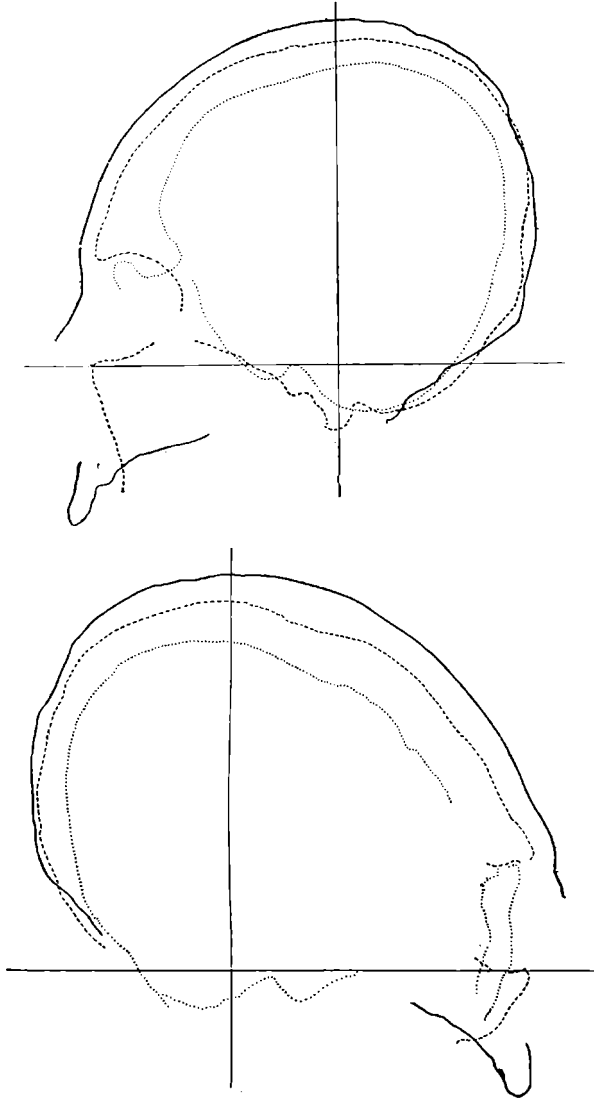


1. Norma inferior, cráneo 6417. Malacara.



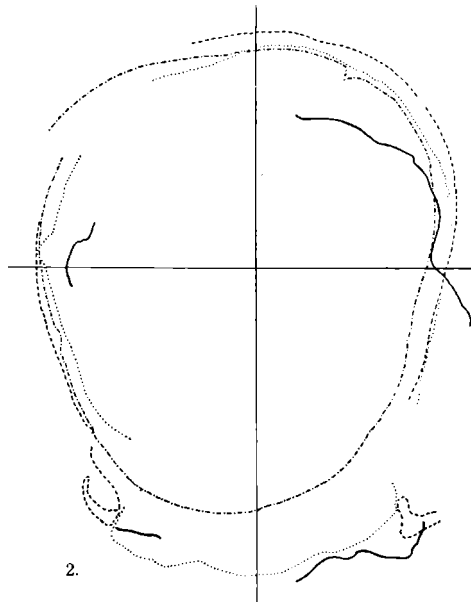
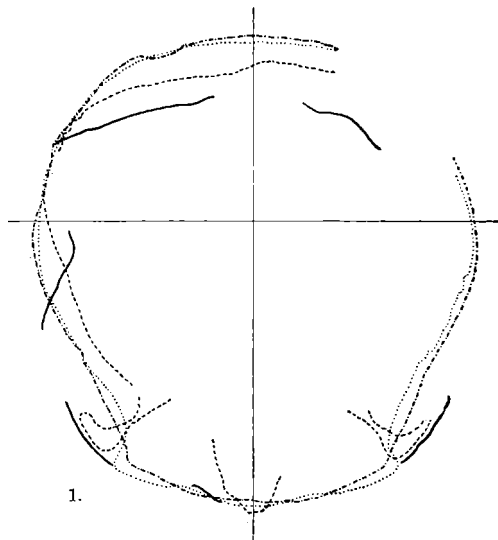
2. Norma inferior, cráneo 6418. Malacara.

LÁMINA XXXIII



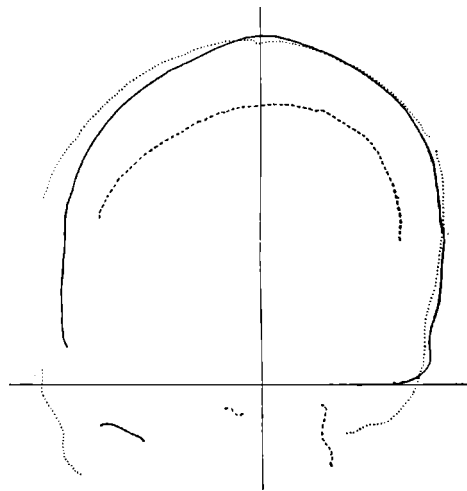
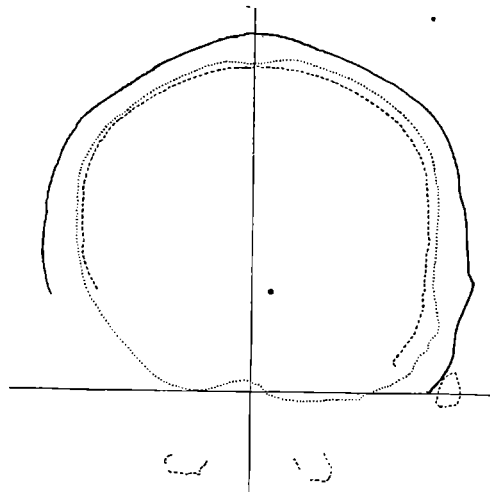
Curvas horizontales de los cráneos 6417 y 6418. Malacara.

LÁMINA XXXIV



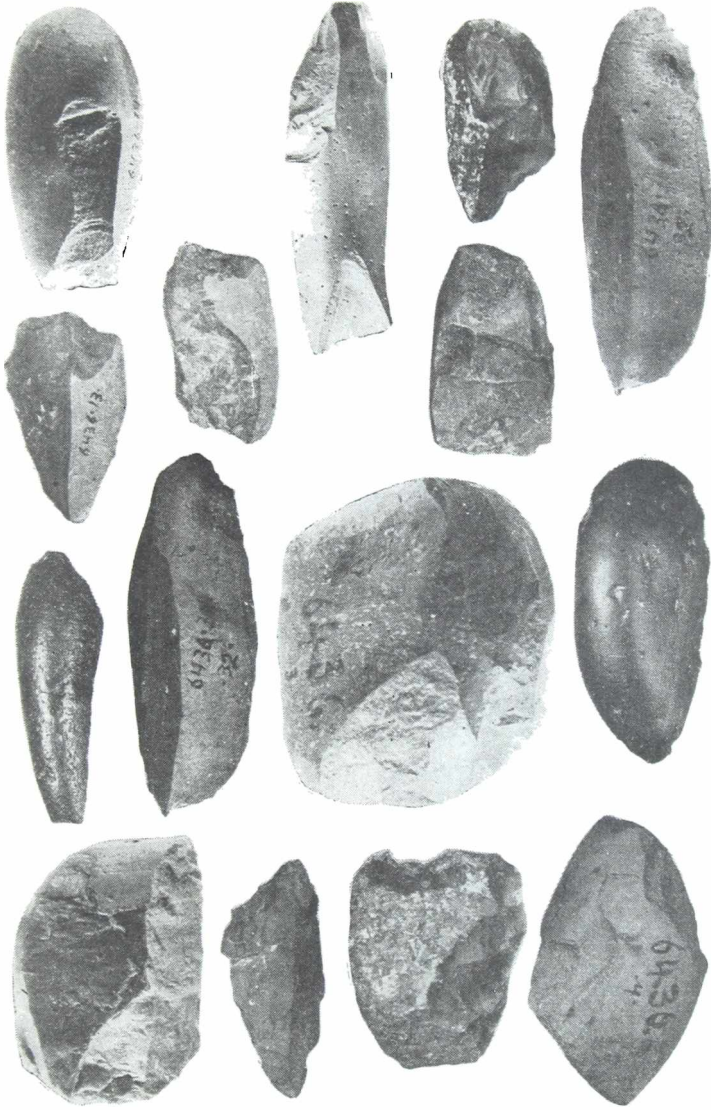
Curvas horizontales de los cráneos 6417 y 6418.
Malacara.

LÁMINA XXXV



Curvas frontales de los cráneos 6417 y 6418. Malacara.

LÁMINA XXXVI



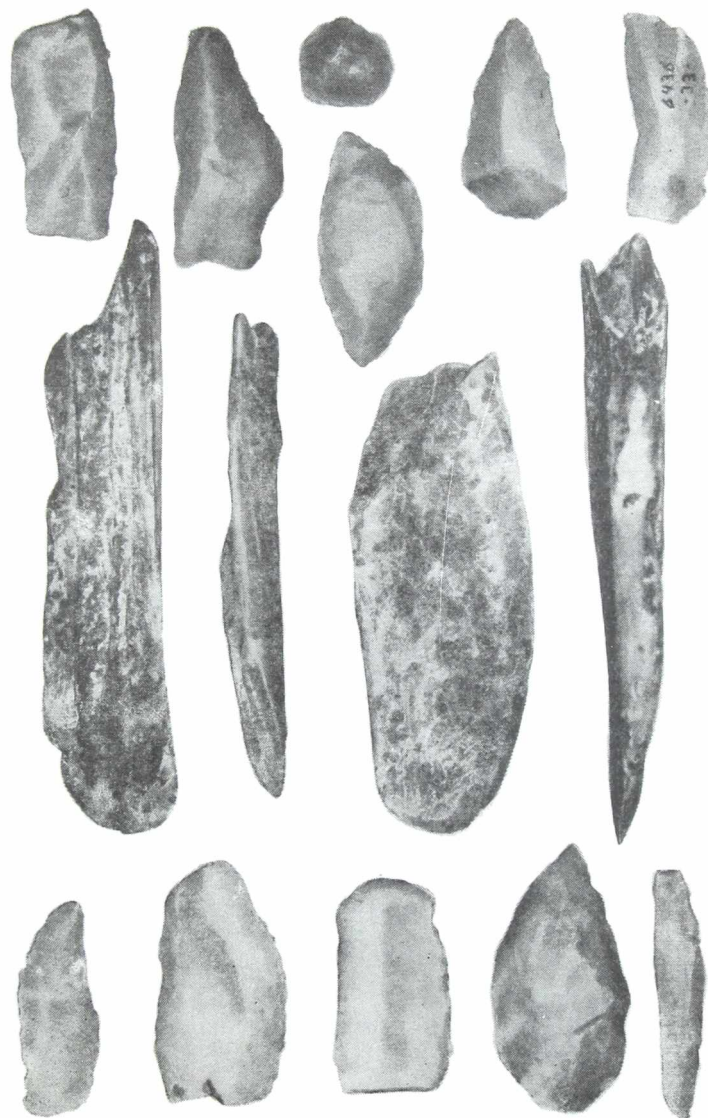
Objetos de la industria de la "piedra hencida". Malacara.

LÁMINA XXXVII



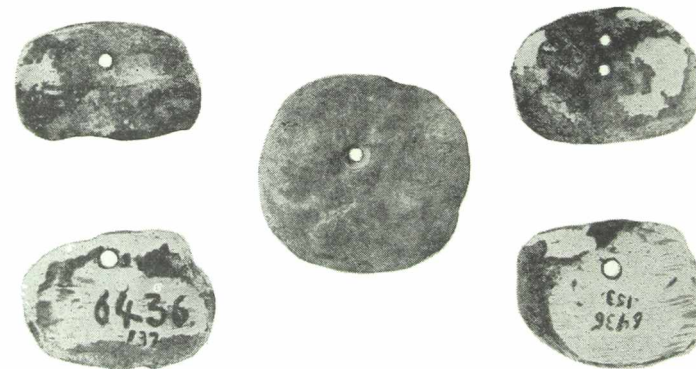
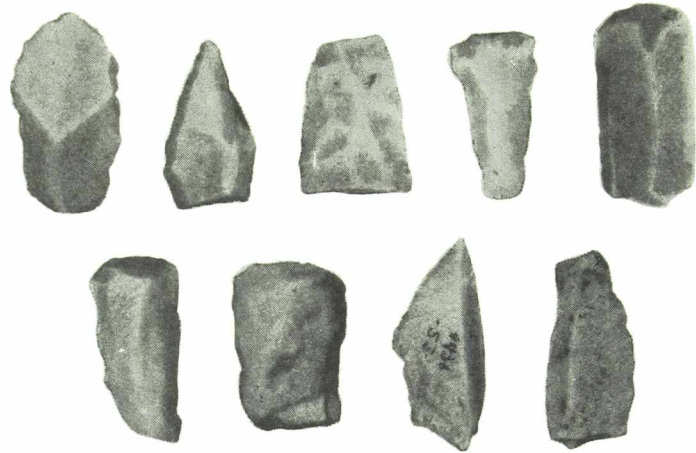
Arriba y abajo: industria monofásica; en el medio, instrumentos de hueso. Malacara.

LÁMINA XXXVIII



Instrumentos de la industria monofásica; túmulo de Malacara.

LÁMINA XXXIX



Arriba, industria monofásica; abajo, elementos de collares en fragmentos de vaivas de moluscos y piedra. Malacara.

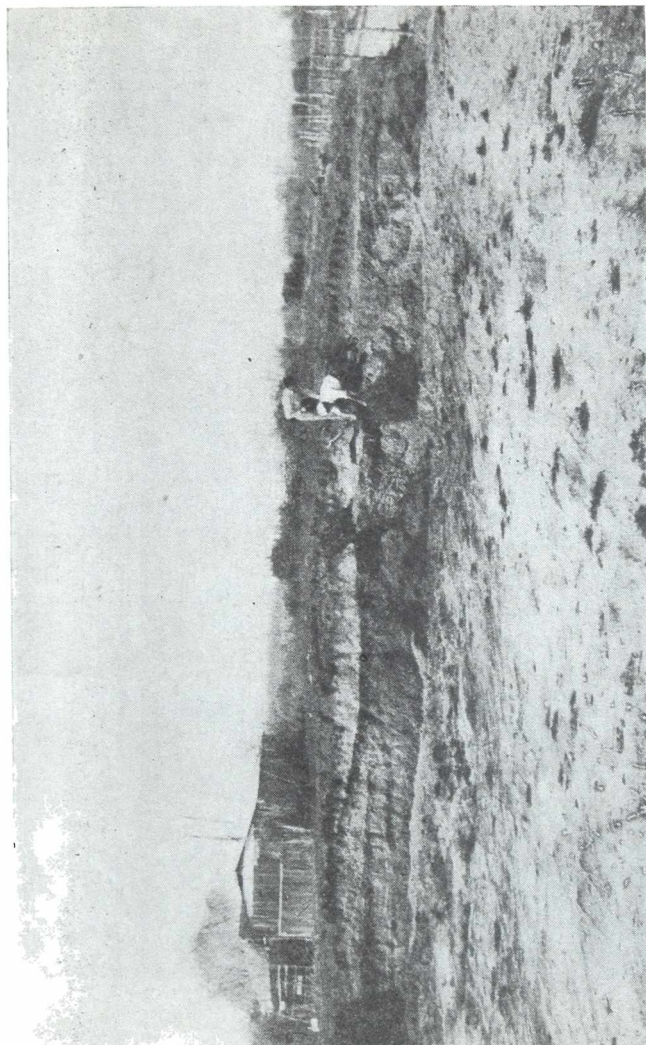


LÁMINA XI
Vista frontal de la cantera de conchilla de Septimio Angeloni, en el momento
de iniciar las exhumaciones. Los Talas.

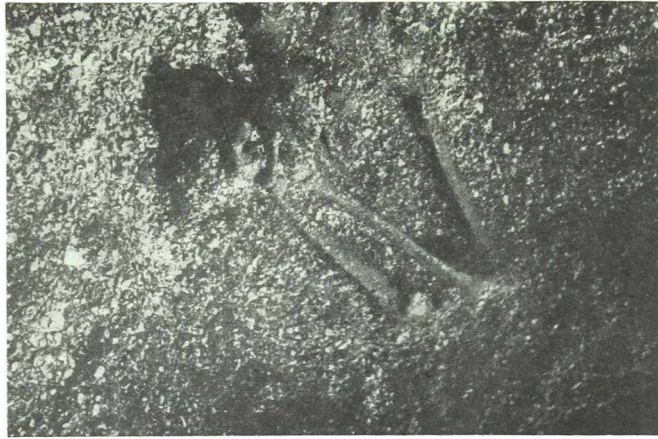


LÁMINA XLI
Vista de detalle de la cantera, durante las exhumaciones. Arriba, el humus;
por debajo, la conchilla. Los Talas.



LÁMINA XLII
Otro sector del frente de la cantera. Arriba, faja negra, el humus; por debajo,
la conchilla. Los Talas.

LÁMINA XLIII



Paquetes esqueléticos. Los Talas.



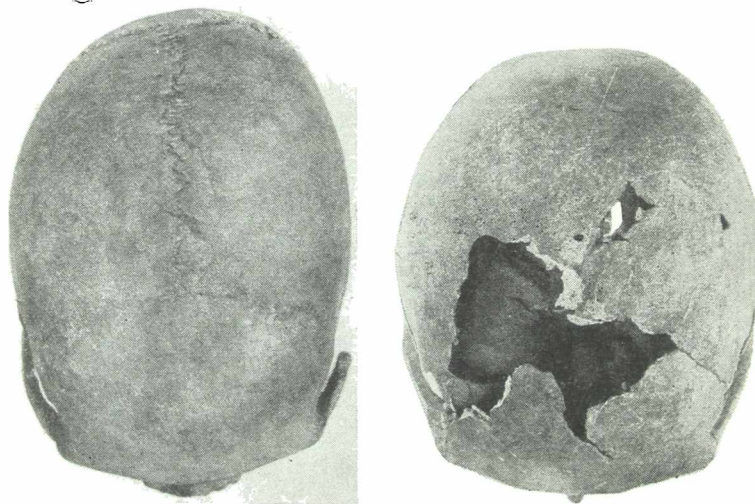
LÁMINA XLIV
Norma frontal de los cráneos 7542 y 7543.
Los Talas.



LÁM. XLV
Norma lateral del cráneo 7542. Los Talas.

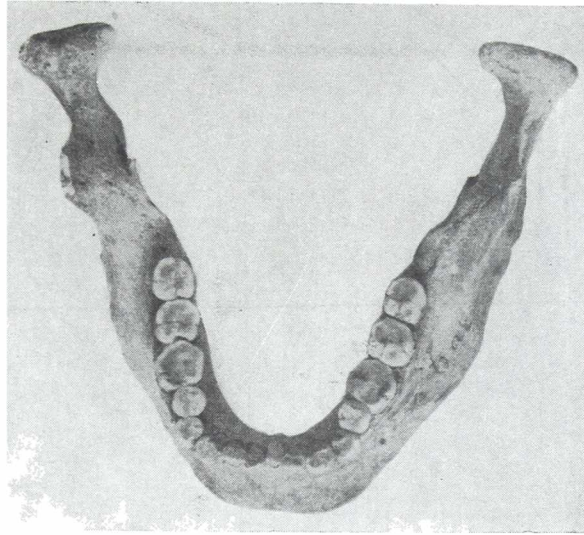


LÁM. XLV
Norma lateral del cráneo 7543.
Los Talas.

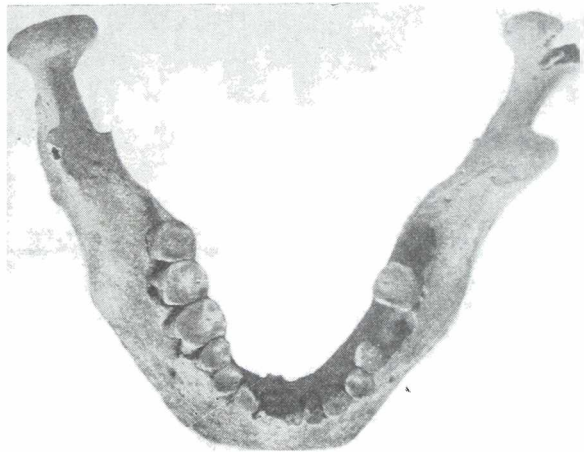


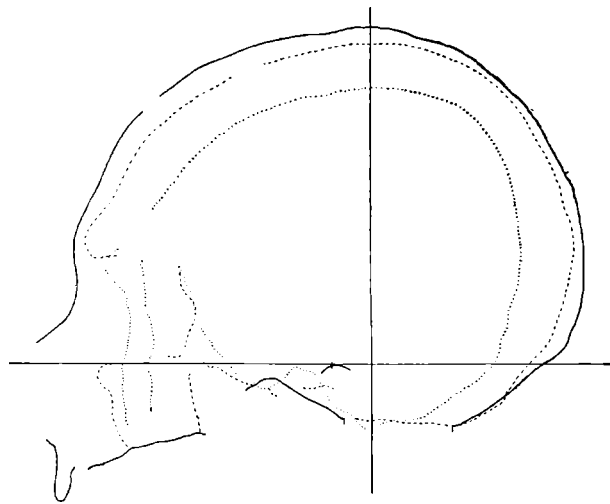
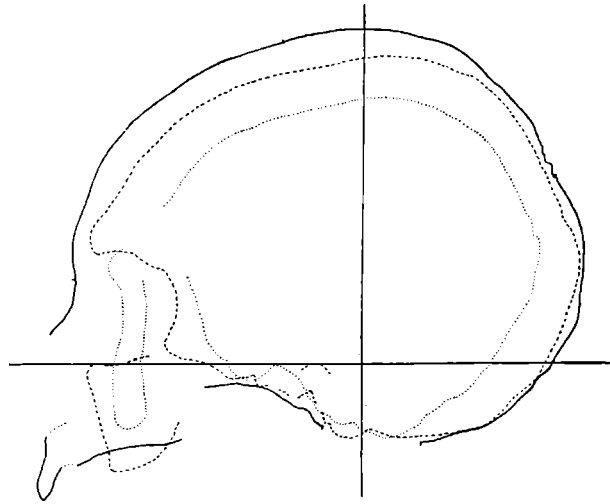
LÁM. XLVI
Norma superior de los cráneos 7542
y 7543. Los Talas.

LÁMINA XLVII



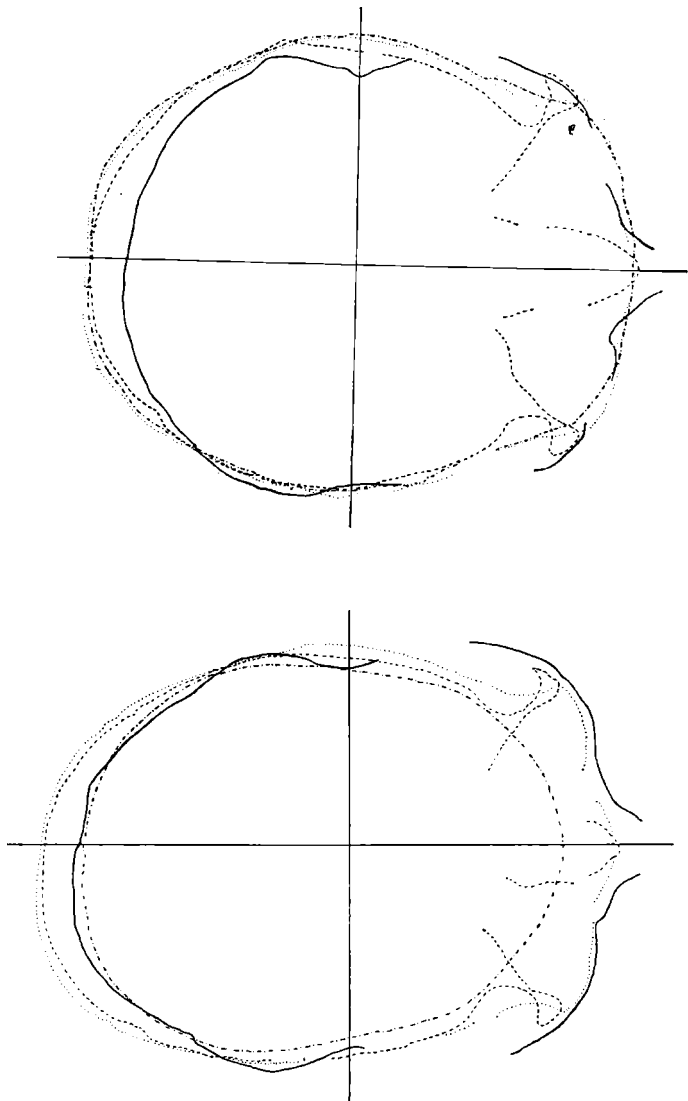
Vista superior de las mandíbulas 7542 y 7543. Los Talas.



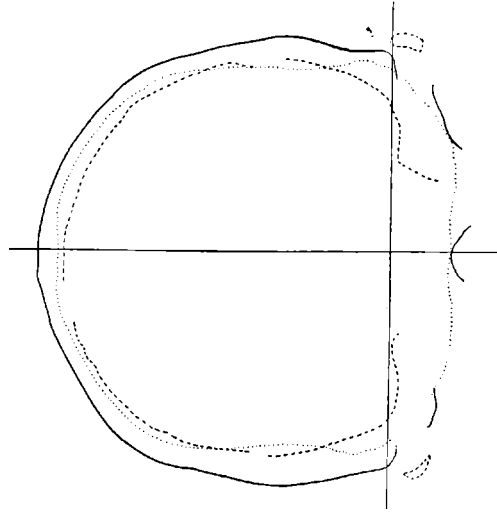
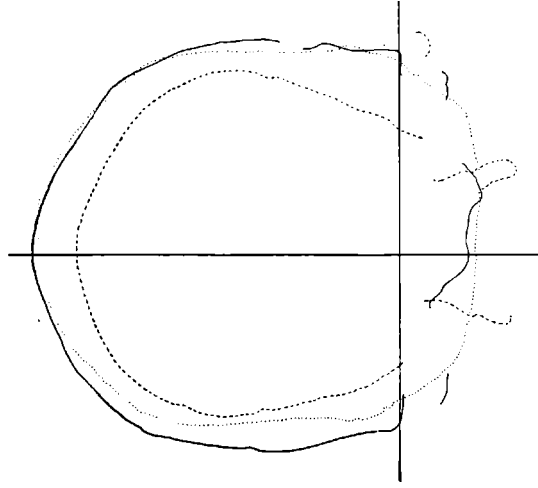


LÂM. XLVIII

Curvas sagitales de los cráneos 7542 y 7543. Los Talas.



Lám. XLIX
Curvas horizontales de los cráneos 7542 y 7543. Los Talas.



LÁM. I
Curvas frontales de los cráneos 7542 y 7543. Los Talas.

OBRAS CITADAS EN EL TEXTO

- BOAS F. (1917): Modern population of America, en Proc. II Pan-American Congress, I, 12. Washington.
- BUINING D. J. (1943): Recherches ser les groupes sanguins aux Indes néerlandaises, en L'Anthropologie, XLIII, 312; París.
- CABRERA PABLO (1929): Los aborígenes del país de Cuyo, 59; Córdoba.
- DEBENEDETTI, SALVADOR (1938): Los yacimientos arqueológicos de las márgenes meridionales de las lagunas Guanacache (Rep. Argentina), en Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti, Roma-Settembre 1926, I, 508. Roma.
- EBELOT ALFRED (1890): La Pampa, Moeurs sur-americanes, 242 y sgts. París-Buenos Aires.
- FALKNER T. (1911): Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur, 104. Buenos Aires.
- FISCHER EUGEN a) (1913): Die Rehobother Bastards un das Bastardierungsproblem beim Menschen, 285. Jena. b) (1923): Schädelform und Vererbung, en Münch. mediz. Wochenschrift, 1923, 336; München.
- FURLONG GUILLERMO (1938): Entre los Pampas de Buenos Aires, 223. Buenos Aires.
- GATES RUGLES (1925): Mendelian heredity and racial differences, en Journal of the Royal Anthropological Institute, LV, 479. London.
- HERSKO[1]9., MELVILLE J. (1928): The American Negro. A study of racial crossing, 57. New York.
- KLUKHON CLYDE (1949): Antropología, 129 y sgts. México.
- LEHMANN, R. NITSCHKE a) (190): Altpatagonische Schädel mit eigenhümlichen. Verhandlungender Berliner Gesellschaft für Anthropologie Ethnologie und Urgeschichte, 1874, 55. Berlin. b) (1930): Un cráneo patagón con pinturas geométricas en rojo y negro, procedente de San Blas (costa atlántica), en Revista del Museo de La Plata, XXXII, 293 y sgts. Buenos Aires.
- LOZANO PEDRO (1755): Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay, II, 7 y sgts. Madrid.
- MEDINA J. T. (1918): Fragmentos de la Doctrina cristiana en lengua Millcayac del P. Luis de Valdivia, XXIII y sgts. Santiago de Chile.
- MENDES A. A. CORREA (1922): L'heredité menrélienne et l'analyse ethnologique, en Natur und Mensch, 1922, 317. Berne.
- MORENO FRANCISCO P (1882): Recuerdos de un viaje en la Patagonia, 32. Montevideo.
- MORRIS ISSAC (1956): Una narración fiel de los peligros y desventuras que sobrellevó Isaac Morris. Buenos Aires.

- MUSTERS G. CH. (1911): Vida entre los patagones, 216. Buenos Aires.
- OUTES F. F. a) (1918): La gruta sepulcral del cerrito de las calaveras, en Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, XXVII, 379 y sgts. Buenos Aires. b) Noticias sobre los resultados de mis investigaciones antropológicas en la extremidad sudeste (sic) de la Provincia de Buenos Aires, en Phys., VIII, 387 y sgts.
- ROSALES DIEGO DE (1878): Historia general de el Reyno de Chile. Flan-des indiano, II, 98. Vauparaíso.
- TORRES LUIS MARÍA, AMEGHINO CARLOS a) (1913): Informe preliminar sobre las investigaciones geológicas y antropológicas en el litoral Marítimo Sur de la provincia de Buenos Aires, en Revista del Museo de La Plata, XX, 153 y sgts. Buenos Aires. b) (1923): Exploración arqueológica al sur de San Carlos (Provincia de Mendoza, en Revista del Museo de La Plata, XXVII, 304. Bs. Aires.
- VIGNATI MILCIADES ALEJO a) (1930): Restos del traje ceremonial de un "médico" patagón, en Notas del Museo Etnográfico, N° 4. Buenos Aires. b) (1932): Revisión de los hallazgos relativos al hombre de Banderaló, en Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A, II, 159 y sgts. Buenos Aires. c) (1944) Falacias icnoográficas, en Relaciones de la Sociead Argentina de Antropología, IV, lám. I. Buenos Aires.
- VIRCHOW R. (1874): Altapagonische, altchilenische un moderne Pam-pas Schädel, en Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für An-thropologie, Ethnologie und Urgeschichte, 1874, 55. Berlín.
- WEINDENREICH FRANZ (1947): Simios, gigantes y hombres, 105. Buenos